

VII

El sábado amaneció gris y el pronóstico del servicio meteorológico anunciaba altas probabilidades de lluvia, por lo que Jorge, quien en los últimos días había atravesado un estado gripal, decidió no ir a jugar al golf, tal como lo hacía todos los fines de semana. Mucho tenía que ver con esa inesperada resolución la presión ejercida desde temprano por su esposa Tessa, quien le recriminó que a pesar de estar enfermo no había modificado su agenda no laboral, la cual incluía el partido de fútbol con amigos de los martes, la reunión de comisión directiva del club los miércoles y los jueves la junta de socios del colegio privado al que asistían sus hijos, por lo que salvo los lunes y viernes, el hombre llegaba a su casa al anochecer, siempre y cuando terminase a tiempo sus impostergables tareas en la oficina.

De hecho, el viernes anterior había arribado a su hogar después del horario de la cena y se fue directamente a acostar en su tibia cama sin comer ya que el resfriado lo tenía a mal traer, no sólo en cuanto a lo físico sino también en su estado de ánimo ya que era un pésimo enfermo al punto que cualquier molestia lo ponía de muy mal humor. Y cuando eso ocurría, Jorge no le hablaba a la gente, sino que ladraba. “Si te hubieras cuidado antes, como yo te dije, ahora no te sentirías así. Pero no me hiciste caso, seguiste haciendo todo lo que vos querés y todo no se puede siempre”, le había dicho Tessa justo antes de quedarse dormidos.

Sin embargo, el descanso prolongado, junto a la medicación que le recomendó el farmacéutico del barrio, hicieron que al día siguiente Jorge despertara sintiéndose mejor, con más energías, mejor ánimo y escasa congestión nasal y tos. Así que una vez desechada la práctica del golf, el hombre intentó continuar con su reposo pero en vez de compartir su tiempo libre con su familia, aburrido y algo molesto porque no se

producían las precipitaciones anunciadas, cerca del mediodía tomó su caja de herramientas que guardaba en el lavadero y comenzó a arreglar todos los desperfectos y averías que aquejaban la casa y que nadie más en el hogar podía solucionarlas.

En casos como ése, Jorge prácticamente obligaba a Darío a que lo ayudase para que aprendiera observándolo y así se convirtió con los años en una persona capaz de al menos arreglar un enchufe, cambiar una lamparita, lijar y pintar una pared o un trozo de madera, pegar ladrillos, cortar el pasto, cavar un cantero, lavar el auto y otros quehaceres domésticos de esa índole.

Pero al chico le costaba prestar atención a las innumerables indicaciones de su padre y se entretenía jugando con las herramientas, por lo que Jorge lo regañaba cada vez que lo descubría mirando para otro lado o hablando solo. En cambio, Maia pasaba mejor esos ratos ya que su papá no le planteaba ninguna demanda y no sólo porque se trataba de una inocente niña, cuya corta edad le impedía contar con los conocimientos y capacidades para desarrollar esas tareas. Y si bien Darío le llevaba pocos años a su hermanita, para el dueño de casa la fecha de su nacimiento no era un atenuante.

Esa semana se había descompuesto la barre alfombra con la que Tessa aspiraba el suelo de los dormitorios y por pedido de ella el hombre se dedicó a arreglarla, para lo cual, colocó el aparato bajo el techo del quincho ubicado en una esquina del patio, y en el que funcionaba la parrilla utilizada para los asados, y lo fue desarmando en procura de hallar el desperfecto, mientras que Darío se encargó de ir pasándole cada una de las herramientas necesarias como si estuviese en un quirófano y fuese un instrumentista quirúrgico.

Jorge no era electricista pero se había formado en una escuela técnica, de todos modos, sus conocimientos y experiencia no le permitieron descubrir enseguida la falla de la barre alfombra, lo que hizo aumentar su malestar y frustración. El hombre lanzaba

insultos al aire, en tanto que su hijo bajaba la cabeza en silencio y su hija, tirada sobre el piso de lajas del patio, jugaba con sus muñecas, inmersa en su propio mundo.

“Cariño, tenés teléfono”, indicó Tessa desde la puerta mosquitero de la cocina que daba a la parte posterior de la vivienda, a lo que Jorge abandonó tarea de compostura, hasta el momento fallida, se secó el sudor de su frente con un trapo que tenía a mano y se introdujo rápidamente en la casa para atender el llamado, al tiempo que sus hijos permanecieron en el quincho bajo la atenta mirada de su madre.

Al cabo de unos minutos, Jorge regresó al patio y anunció que debía ir hasta la oficina porque había surgido una emergencia en el trabajo.

-Dejen todo como está, que cuando vuelvo la termino de arreglar -indicó el hombre antes de abordar su automóvil.

-No te preocupes, Jorge. Si no podés arreglarla, el lunes yo la llevo al service – respondió Tessa e inmediatamente se dirigió a abrir el portón para permitir la salida del vehículo que ya estaba en marcha y humeaba por el caño de escape.

-Dije que yo la arreglaba y la voy a arreglar –Jorge sacó la cabeza por la ventanilla mientras daba marcha atrás hasta colocarse a la altura de su mujer-. No voy a gastar plata al pedo en un *service* si puedo hacerlo yo mismo. ¿Entendés?

Su esposa asintió con la cabeza y no pronunció palabra, tras lo cual, Jorge abandonó la casa a toda velocidad, su mujer regresó a la cocina a terminar de limpiar y ordenar, y sus dos hijos se quedaron jugando en el quincho, bajo el techo que les propiciaba un resguardo propicio ante la inminente tormenta. “Pórtense bien y si se larga a llover vengan adentro, ¿si?”, fue lo último que les dijo su madre antes de ingresar a la vivienda.

Una vez que se quedaron solos, Darío comenzó a manipular las herramientas de su padre, especialmente la tenaza con la que quiso probar la resistencia de las muñecas de su hermanita.

-¡Dejalas, Dari! ¡No ves que las vas a romper! –se quejó Maia apenas vio que su hermano atenazaba las piernas de su juguete preferido, ante lo cual, ella comenzó a tironear de la muñeca para arrebatársela de las manos pero, obviamente, él tenía más fuerza y obligó a su hermanita a esforzarse hasta que el chico la soltó de repente, lo que provocó que la niña cayera de espaldas sobre el duro suelo. Fue sólo un golpe así que ella apenas se quejó y enseguida se reincorporó.

-¿No ves que no hace nada? –indicó Darío sonriendo y acercando la herramienta a la pierna de Maia quien, en vez de evitar el contacto, se quedó prácticamente inmóvil. Entonces, el chico presionó con la tenaza el muslo de su hermanita que a pesar de vestir pantalones largos sintió que la lastimaban.

-¡Mamá! -gritó Maia y se largó a llorar desconsoladamente, y a los pocos segundos Tessa se acercó al quincho para ver qué pasaba.

-¿Qué le hiciste Darío? –preguntó la mujer, quien alzó a su hija en brazos y la llevó a la cocina seguida por su hijo.

-No tiene nada, ma. Está exagerando, como siempre.

Sin embargo, Maia no paraba de llorar del dolor y tomarse la pierna a la altura del muslo. Así que su madre le corrió el pantalón y observó un pequeño hematoma de un rojo violáceo sobre la tierna piel de la niña.

-Así que no tiene nada, ¿eh? –la mujer le mostró la herida a Darío para que observara lo que le había hecho a su hermanita.

-Pero si apenas la toqué con la tenaza.

-¡¿Con la tenaza?! –exclamó Tessa-. Pero, ¿vos sos o te hacés? ¡¿Cómo vas a usar una tenaza contra la piernita de tu hermana?! –la madre golpeó la yema de su dedo índice varias veces contra su sien-. ¡Pensá un poquito!

Darío no había tenido la intención de lastimar a Maia así que inmediatamente se sintió apenado y le pidió disculpas a la niña. “¡Andate a tu pieza ya!”, ordenó Tessa al chico mientras que ella y su hija se fueron a su habitación donde le curó la herida de la niña con un poco de hielo y un pequeño vendaje.

Por su parte, Jorge regresó a la casa al atardecer y al ingresar con el coche por el portón observó sus herramientas todas tiradas por el piso, junto a la barre alfombra desarmada y las muñecas de Maia. “¡Qué quilombo!”, se quejó el hombre apenas descendió del auto y en vez de ordenar el quincho fue directamente a buscar a su esposa e hijos.

Al encontrarse con su mujer en la habitación matrimonial, ella le contó lo que había hecho Darío y le mostró la herida de la niña, por lo que Jorge desató una tormenta antes de que comenzara a llover. En una violenta ráfaga fue a buscar a su hijo al dormitorio de éste, que lo esperaba en pánico. “¡Paf!”, resonó el cachetazo que aplicó el hombre en el rostro del chico que contuvo el llanto y tragó saliva. “Fue sin querer”, alcanzó a decir el hijo antes de que su padre lo tomara bruscamente del brazo y lo condujera hasta el patio desde donde ya se podían avistar los primeros rayos eléctricos en la creciente negrura del cielo. “Primero vas a ordenar todo este lío que dejaste y después te vas de la casa porque ya estoy cansado de pedirte que te portes bien y que vos no hagas caso, ni a mí ni a tu mamá. ¡No te aguanto más!”, señaló Jorge, quien permaneció de pie y con los brazos cruzados mientras el chico, arrodillado en el suelo, guardó todas las herramientas y las muñecas de su hermana. “¡No la toques!”, exclamó

su padre cuando intentó acomodar las piezas de la barre alfombra. “La vas a terminar de romper”, añadió.

Luego, Jorge le dio a su hijo una campera impermeable y le señaló el portón: “¡Andate!” Entonces, Darío se puso de pie, se colocó el abrigo y se dirigió hasta la salida flanqueado por su padre que abrió la estructura de dos hojas de chapa y se paró en la vereda, mirando hacia la calle. “Dale, apurate”, le pidió a su hijo que salió de la casa con la mirada clavada en el suelo y las manos en los bolsillos del impermeable.

Jorge estiró su brazo derecho señalándole a su hijo hacia dónde tenía que dirigirse: en vez de caminar hacia la ochava, en dirección a la calle asfaltada, donde funcionaban postes de alumbrado público cada treinta metros aproximadamente, el chico debía ir en sentido opuesto, bordeando el campo ubicado enfrente de la casa y que ocupaba varias manzanas en las que se criaban animales de granja y caballos de carrera. Ya era de noche y la calle lateral de tierra apenas se iluminaba por algunos destellos de los faroles de las viviendas de la cuadra.

Las piernas de Darío temblaban cada vez más a medida que se alejaba de su hogar y a los pocos pasos detuvo su marcha y miró sobre sus hombros. A la distancia alcanzó a ver la silueta de su padre a contraluz, con los brazos en jarra. “¡Seguí!”, le gritó el hombre. El chico obedeció y recorrió lentamente dos o tres metros hasta que volvió a detenerse y mirar de reojo hacia atrás, pero la reacción de Jorge fue la misma. En ese momento, Darío se quebró y lloró, y muerto de miedo caminó hacia la esquina opuesta a la de su casa, bordeando el campo, el cual le resultaba un paisaje difuso en medio de tan intensa oscuridad. Tronó el cielo y eso lo asustó aun más, así que se movió como en cámara lenta. Y cuando llegó hasta la intersección de la calle lateral con otra que nacía perpendicularmente del lado del campo escuchó unos pasos acelerados a sus espaldas. Creyó que se trataba del perro de algún vecino que había logrado escapar y

quería atacarlo y casi se orinó encima. Pero como no escuchó ladrido alguno se animó a voltearse y así vio a su padre que corría hacia él. Y una vez que lo alcanzó, Jorge lo rodeó con sus brazos y lo acompañó de regreso a la casa. “Esta fue tu última advertencia. La próxima vez que te portes mal te hecho de verdad”, dijo el padre al reingresar a la vivienda e instantes de después comenzó a llover.

No fue el diluvio que habían pronosticado, aunque el pésimo clima se produjo dentro del hogar ya que luego de que Darío y Maia se retiraron a su habitación a esperar la cena, Tessa y Jorge discutieron en la cocina debido al exagerado castigo que el hombre le acababa de aplicar a su hijo. La mujer se opuso terminantemente a que él volviera golpear al chico y a tratarlo de manera tan violenta, al tiempo que le pidió que, por favor, no tuviera un trato tan diferente con Maia porque Darío se daba cuenta de ello y sentía que su padre lo hacía a un lado. Según la mujer, ésta era justamente la principal razón de las travesuras del chico.

“¡Te vivís quejando de todo, Tess! ¡¿Por qué no me dejás tranquilo?!”, bramó Jorge y le dio un puntapié a la pata de la mesa de madera de la cocina que se partió como un escarba diente. “¡La re puta madre que me parió!”, insultó el hombre y luego fue a buscar sus herramientas al lavadero y al salir azotó la puerta mosquitero tan fuerte que se falsearon las bisagras. “¡Mirá lo que me hacen hacer! Esto es culpa de ustedes, eh”, continuó Jorge, aunque por culpa de él nadie de la familia pudo cenar esa noche ya que se pasó toda la noche arreglando lo que había roto.

Darío estaba agotado, había dormido poco la noche anterior y trabajado más de la mitad del día. Sólo quería llegar a su casa, cenar y acostarse con un vaso de whisky a su lado, su trago ideal para una noche fresca como aquella. Pero un llamado urgente de Maia por la tarde lo había obligado a cambiar sus planes y luego de hablar con su

hermana se comunicó con su padre y le pidió verlo cuanto antes, a lo que Jorge le dijo que lo esperaba en su departamento. Así que Darío estacionó su camioneta junto al cordón de la avenida sobre la que se ubicaba el edificio donde residía su padre, el primero de Trevithick y que había sido construido justamente por la inmobiliaria Grant, cuando David aun vivía. Y como dicha localidad nunca había dejado de ser formalmente una zona residencial los inmuebles de ese tipo no se proliferaron con los años y los pocos que se levantaron fueron obligatoriamente bajos, de pocos pisos, ya que así lo exigía la normativa vigente.

El edificio de Jorge se situaba en el corazón comercial de Trevithick, no muy lejos de la periferia donde residía Darío, aunque éste rara vez pasaba por esa zona ya que ni siquiera quedaba de camino hacia su hogar o hacia la autopista que lo conducía a su oficina, en la Capital. Uno de los pocos motivos que tenía el arquitecto para andar por allí era que a pocos metros del departamento de su padre abría sus puertas su pizzería preferida pero hacía meses que no comía ni compraba en ese local ya que los precios se habían ido a las nubes y si bien él no sufría problemas de dinero consideraba excesivo lo que pedían por una simple pizza de mozzarella a la piedra. Así que en sus compras recientes había optado por gastar una suma similar pero en una comida que, para él, valiera realmente la pena, como un vacío al asador o una entraña a la parrilla.

Cuando Darío entró al departamento de dos ambientes de su padre, éste estaba por terminar de cenar una pizza con jamón y morrones del local de la cuadra, la cual acompañaba con una cerveza rubia mezclada con gaseosa de naranja.

-¿Querés una porción? –preguntó Jorge ubicándose en una de las sillas de caña junto a la mesa del mismo material, todo pintado de un color ámbar que combinaba con el tono de la alfombra que revestía de punta a punta el piso del departamento, excepto por el baño y la cocina, dos espacios reducidos, la segunda más que el primero.

-No, gracias –respondió Darío y se sentó en la cabecera, al lado de su padre que justo frente a él tenía el televisor encendido sobre una mesa también de caña. De hecho, el resto del mobiliario de la sala de estar, un juego de dos sillones individuales con una ratona y una repisa repleta de fotografías del arquitecto, Maia y el abuelo David, era de ese mismo material.

Para el arquitecto, el departamento estaba “muy cargado” de objetos lo que daba la impresión de que era más pequeño aun. Evidentemente, su gusto por el estilo minimalista no lo había heredado de su padre, cuyo paladar tenía un concepto muy particular sobre la belleza y la estética, no sólo a nivel inmobiliario.

Una vez que ambos hombres estuvieron sentados, Jorge apagó el televisor, cerró la caja de cartón con las porciones de pizza que habían sobrado y la hizo a un lado sobre la mesa, en la que también descansaba una pila de papeles vinculados a las actividades laborales del anfitrión, quien a pesar de estar jubilado continuaba brindando asesoramiento a emprendedores locales del rubro de la construcción.

-¿De qué querías hablarme? –Jorge rompió el silencio con una pregunta que resultó ser un pésimo comienzo para su hijo.

-Ya sabés de qué vengo a hablarte –respondió Darío tajante.

-Sí, me imagino.

-Entonces, ¿para qué me preguntás? –el arquitecto levantó ambas manos con las palmas hacia arriba y luego las dejó caer pesadamente sobre la mesa.

Jorge guardó silencio, bajó la mirada, colocó las llaves del departamento entre sus dedos y comenzó a jugar con ellas.

-Mirá –retomó Darío con un tono firme-, yo siempre traté de no entrometerme en tu vida privada por una cuestión de respeto mutuo.

-Lo sé, lo sé.

-Y creo que nunca me metí en tus asuntos personales, ¿cierto?

-Cierto.

-Pero eso no quiere decir que no me interesa lo que pasa con tu vida. Y como a vos no te gusta hablar sobre ello y a mi me molesta que se metan con mis asuntos, siempre mantuvimos esta especie de acuerdo tácito para no comentar ni lo uno ni lo otro.

-Coincido –Jorge asintió ligeramente con la cabeza, sin apartar la vista del juego de llaves.

-Pero resulta que ahora la mano cambió y tu vida personal está afectando la vida de la familia: de mamá, de Mai y la mía. ¿Sí?

-Sí.

-Entonces no me queda otra alternativa que preguntarte qué carajos está pasando con vos.

Jorge tragó saliva y caviló unos instantes.

-Yo ya hablé con Maia y le conté todo. Hasta le pedí disculpas –retomó Jorge alzando la vista y en ese momento Darío advirtió que su padre tenía los ojos irritados por las lágrimas.

-¿Todo qué? –Darío seguía hablando con firmeza-. Porque nadie sabe bien quién es esta mujer, qué quiere, por qué amenaza a la familia...

-Ni siquiera yo sé bien que es lo que quiere –admitió Jorge-. Me he cansado de hablar con ella y ya no sé qué más decirle, cómo dirigirme, de que forma, con que tono, porque no me da bola.

-A ver, vamos por parte –Darío depositó sus manos con las palmas hacia abajo, sobre la mesa-. ¿Esta mujer es tu pareja o no?

-Sí, lo es.

-¿Y hace cuánto?

-La conocí el año pasado. Pero ahora, con todo lo que pasó, no sé si queda mucha relación entre los dos.

-Me imagino...

-Se supone que una persona que dice que te ama no te haría algo así, ¿o no? – dijo Jorge angustiado.

¡Qué caradura este tipo! Yo me hago la misma pregunta hace quince años. Debería cagarlo a trompadas, se dijo Darío.

-Y... no –coincidió el arquitecto tras acallar por unos segundos las voces iracundas dentro de su cabeza-. Pero ella, ¿qué explicación tiene para todo esto que está pasando? ¿Qué es lo que te dice concretamente?

-Ella me niega todo. Dice que jamás amenazó a Maia, que es todo un invento.

-¿Y vos le creés?

-Sí, no, no sé –era la primera vez en su vida que Darío veía a su padre absolutamente perdido-. Mai me pasó todos los mensajes que recibió y son realmente una barbaridad inaceptable que me dan vergüenza ajena. Pero yo tampoco entiendo cómo funcionan las redes sociales.

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Porque ella dice que alguien creó una cuenta falsa con su nombre desde la que mandó esos mensajes.

-¿Quién va a hacer semejante cosa? ¿Maia? ¿Mamá?

-No sé.

-¡¿Vos me estás jodiendo?! ¿En serio dudás de tu propia familia? –Darío cambió la firmeza por la agresividad.

-La verdad es que ya no sé qué pensar, que hacer, qué decir –Jorge miró hacia el ventanal de la salta de estar que daba a la avenida y como se hallaban en un tercer piso sólo se alcanzan a ver, a través de las cortinas que flameaban como una bandera en el patio de una escuela, las otras edificaciones altas del centro comercial.

-¿Vos sos consciente que nadie de nosotros sabía de la existencia de esta mujer hasta que ella misma se contactó con Maia?

-Sí, sí.

-Porque eso desecha cualquier posibilidad de que todo esto haya sido armado por nosotros.

-Ya sé.

-Entonces, ¿por qué dudas?

-Mis dudas pasan por otro lado.

-Bueno, ponete de acuerdo...

-Es una situación demasiado complicada.

-¿Lo decís por lo del embarazo?

Jorge no contestó.

-¿Es tuyo? –insistió Darío.

-Probablemente.

-¡¿Cómo probablemente?! –Darío se contenía para no golpear a su padre-. Un hombre sabe si dejó embarazada o no a una mujer. Es elemental.

-Bueno, pero para eso todavía hay tiempo.

-¿Tiempo?

-Cuando llegue el momento me haré una prueba de ADN y veré si lo reconozco.

-Vos necesitás ayuda urgente –Darío meneó la cabeza-. Yo sé que a vos no te gusta la terapia pero buscate un psicólogo y también un buen abogado.

-No necesito nada de eso. Yo lo voy a solucionar. Sólo tengo que encontrar la manera.

-Disculpame, pero me parece que la situación empeora a cada minuto y que vos solo no vas a poder resolver nada.

Jorge ya no pudo contener el llanto.

-Tenés que cuidar de tu salud, no seas boludo –Darío posó su mano derecha en la espalda inclinada hacia delante de su padre-. Porque cuando te agarran los infartos el que te tiene que internar y acompañar en la clínica soy yo, ¿sí? ¿O acaso la última vez fue esta mujer a quedarse a dormir en el sillón al lado de la cama, a darte de comer en la boca y cargar tu suero hasta el baño?

-No sé cómo pero se fue todo a la mierda en los últimos meses. Al principio estaba todo bien pero ahora está todo mal.

-Pa, vos estás mal hace mucho tiempo. Acordate de la cena de Pascuas del año pasado, en mi casa, cuando te fuiste llorando después de recibir esos llamados misteriosos que ahora calculo eran de esta mina, ¿no?

-Pero ahí las circunstancias eran distintas –Jorge se secó las lágrimas con un pañuelo y recompuso su tono de voz.

-¿De qué manera?

-Esa noche me puse mal por razones mías, propias, no por culpa de ella.

-¿Y por qué te pusiste mal?

Jorge hizo una pausa y volvió a tomar el juego de llaves.

-Porque yo me siento muy incómodo cada vez que nos reunimos para las fiestas o un cumpleaños.

-¿Incómodo?

-Sí. Es como si yo sintiera que ya no formo parte de la familia y no quiero estar en esas situaciones.

-Bueno, pa, a vos nadie te obliga a que estés.

-Sí, ya lo sé. Yo voy y participo porque quiero pero cuando estoy con ustedes no me siento bien.

-Pero, ¿por qué?

-Porque yo ya tengo otra gente con quien debo estar.

-Otra familia querrás decir.

Jorge afirmó con la cabeza.

-¿Y vos considerás familia a una persona que hace todo lo que está haciendo esta mujer? ¿No se te cruza en la cabeza que te está usando? ¿Qué te quiere obligar a que te hagas cargo de un hijo que puede no ser tuyo? ¿Preferís eso a compartir con nosotros una cena de cumpleaños, por ejemplo? La verdad que no te entiendo...

El padre siguió en silencio.

-Y lo que no entiendo –prosiguió Darío-, es que carajo busca esta mujer con lo de las amenazas.

-Justamente eso es lo que estoy tratando de descifrar pero últimamente no se puede hablar con ella porque se pone como loca. Es una persona que hoy no entra en razón –Jorge era pura impotencia-. Cuando se enoja también me amenaza a mí también a través de mensajes de texto. Es terrible.

-¡¿En serio?! Entonces es una hija de puta, perdóname la expresión. Pa, vos la tenés que denunciar.

-Pero no son amenazas reales, sólo habla así cuando se enoja. No hay que darle tanta entidad a lo que dice. Lo que pasa es que uno también se pone mal y dan ganas de matarla.

-No digas eso. No caigas tan bajo como ella.

-Es que hoy por hoy no queda otra. Es ella o yo.

-¡Dejate de joder! Ni lo pienses.

-Dari, ya le pregunté si todo esto era porque quería plata y me dijo que no. Le ofrecí dinero y lo rechazó.

-Bueno, esa es otra preocupación que tenemos mamá, Maia y yo. El tema de los bienes de la familia. Hay muchos que están a tu nombre, entre ellos, el terreno sobre el que construía mi casa -el arquitecto se señaló el pecho con su dedo índice.

-Por eso quédense tranquilos. Yo ya tengo todos los papeles en orden por si me pasa algo -indicó Jorge y para Darío fue la primera afirmación de su padre durante toda la charla que le transmitió cierta seguridad. Es que si en algo siempre se había destacado el ahora jubilado era en cuidar de lo material, no así de lo afectivo.

-Más te vale, porque si llego a tener algún problema con la casa después de lo que me costó construirla...

-Quedate tranquilo, en serio -Jorge tomó a su hijo del hombro-. Jamás te haría pasar por una situación como esa.

-Esperemos -Darío se puso de pie, preparando su retirada-. Lo más importante es que vos ahora no hagas ninguna locura. Hablá con esta mujer para que deje de molestar a Maia y a mamá, por favor.

-Está bien, hijo. Voy a seguir hablando aunque no creo que tenga mucho sentido -Jorge se paró y comenzó a caminar hasta la puerta donde su hijo lo esperaba para que le abriera la puerta cerrada con llave y lo acompañase hasta la entrada del edificio para permitirle retirarse ya que al tratarse de un inmueble antiguo no contaba con una cerrada que se activase de manera remota.

-Hablando tranquilamente, no a los gritos ni con amenazas e insultos, es que se entiende la gente decente –indicó Darío acentuando la última palabra pronunciada, la cual resultaba clave en esta situación porque marcaba las diferencias entre las dos partes enfrentadas.

Luego de abandonar el domicilio de su padre con un nudo en la garganta y otro en el estómago, Darío llegó a su casa donde Ariel ya estaba acostado en su habitación, probablemente durmiendo, aunque también era posible que estuviese leyendo para conciliar el sueño ya que el arquitecto divisó por debajo de la puerta del dormitorio de su amigo un delgado destello que podía provenir perfectamente de la lámpara que aquel tenía junto a la cama.

Darío amagó con tocar a la puerta de Ariel pero inmediatamente desistió y, en cambio, se dirigió a su dormitorio para cambiarse de ropa y tratar de recobrar cierta calma. Se colocó un short y una remera y descendió silenciosamente por la escalera hasta la cocina donde se sirvió un whisky sin hielo con el que se sentó junto a la mesa rodeado por una solitaria oscuridad.

Apenas se acomodó, el arquitecto marcó el número de teléfono de su hermana en el *smartphone*. El reloj marcaba casi medianoche pero Maia solía acostarse tarde, por lo que ella lo atendió enseguida.

-Hola Dari, ¿estás bien? ¿Te pasó algo? –preguntó la joven, quien no estaba acostumbrada a que su hermano mayor la llamase por teléfono y menos en ese horario.

-Estoy bien Mai, no te preocupes –respondió Darío con pausa y un volumen de voz bajo-. Te llamaba para avisarte que ya hablé con papá.

-Ah, ok. ¿Y cómo te fue? –Maia estaba tirada en el sillón del living de la casa de su madre y mirando televisión, mientras que su novio, a su lado, navegaba en Internet en su laptop.

-Que se yo –Darío comenzó a rozar el borde de su vaso de whisky con su dedo índice-. Recién llevo de su departamento y todavía estoy procesando toda la información.

-¿Pero que te dijo? –Maia se sentó en el sillón, con al espalda erguida.

-No mucho más de lo que ya te contó a vos, Mai. Viste como es papá a la hora de hablar sobre su vida privada.

-Sí, ya lo sé.

-Lo único que te puedo decir en este momento es que cuando sea padre espero tener una hija para que el apellido de papá desaparezca de la faz de la Tierra –lo que no consideró Darío en su arranque de bronca era que si Jorge tenía un varón y lo reconocía legalmente, éste sería el siguiente miembro del linaje Grant.

-¡Pará, che! No seas tan dramático.

-En serio Mai. Nunca me sentí tan avergonzado de tener un padre así. Es una humillación.

-¿Para tanto?

-Y me quedo corto –Darío dio un largo sorbo de su trago-. ¿Sabés qué fue lo último que me dijo cuando nos despedimos?

-¿Qué? A ver...

-Que lo único que podemos hacer nosotros ante esta situación es lamentarnos del padre que nos tocó porque él es el responsable de todo pero no puede hacer nada al respecto.

-¡Qué tipo! –exclamó Maia y sus palabras llamaron la atención de su novio quien hasta ese momento había permanecido absorto delante de la pantalla de su computadora.

-La verdad es que no quiero saber más nada con él.

-Bueno, Dari, no te pongas así –lo consoló la joven al notar la voz casi quebrada de su hermano.

-¿Sabés que es lo que más me molesta? –retomó Darío con un enojo renovado-. Que le importamos sólo cuando nos necesita desesperadamente, como cuando hay que internarlo y cuidarlo en una clínica.

-Ya lo sé.

-¡Que la próxima vez que se enferme lo vaya a cuidar su nueva familia o su gente nueva, como la llama él!

-Tenés razón, Dari –dijo Maia y luego se produjo un silencio prolongado en la conversación en el que Darío recordó cuando él siendo apenas un adolescente también debió cuidar de su abuelo David en el hospital en el que finalmente murió tras meses de agonía, acontecimiento que marcó el principio del fin de la familia Grant ya que tras el fallecimiento del “Gran Deivid” Jorge comenzó con su doble vida.

-¿Sabés qué, Mai? –retomó Darío-. No vale la pena hacerse tanta mala sangre por todo esto. No voy a permitir que este tipo nos enferme a todos, en especial, a mamá, después de todo lo que ella tuvo que soportar de él.

-No te preocupes por mamá. Yo ya hablé con ella y no se lo tomó mal.

-¡¿En serio?! ¿Cuándo hablaste con ella?

-Ayer.

-¿Y qué te dijo?

-Básicamente que no le sorprende para nada que papá se haya metido en una situación así.

-Mira vos.

-Es más, me dijo que de cierta forma hasta la pone contenta porque todo este lío termina dándole la razón a ella cuando decía que papá era un hijo de puta y todos los supuestos amigos de la familia la tildaban de mala esposa y lo defendían a él.

-¡Qué grande la vieja! –Darío sonrió por primera vez en todo el día y acabó el vaso de whisky.

-Igualmente, le preocupa que papá termine metido con una pendeja de mi edad, una ignorante que no vale ni dos pesos y que lo está usando para sacarle plata y nada más.

-Claro.

-¿Sabés cuál fue su primera reacción? –Maia también sonreía porque el recuerdo de aquel momento de la charla con Tessa seguía causándole gracia.

-¿Cuál?

-Alzó las dos manos hacia arriba, como en una plegaria, miró al cielo y dijo: ¡Por fin admitió que tiene una relación! ¡Jajá!

-Mamá está loca.

-Como todos nosotros, Dari. Es un mal de familia.

-Tal cual ¡Jajá!

-Al menos nos podemos tomar este problema con buena onda.

-Otra no nos queda.

-Y sí. ¿Qué vamos a hacer? ¿Suicidarnos?

-Ni en pedo. Ahora que me decís que la vieja está bien voy a tirar la casa por la ventana.

-Al final, te hizo bien separarte. Antes no eras así, especialmente con la casa.

-Es que cuando papá se muera, lo más probable es que tengamos que compartir todos nuestros bienes con nuestro nuevo hermanito.

-O hermanita.

-Así que la voy a disfrutar al máximo todo el tiempo que pueda y lo que se rompa o arruine, se quedará de esa forma. No pienso poner ni un centavo más en la casa. En serio.

-Me parece bien, Dari. Igualmente, deberías iniciar todos los trámites legales para poner la casa a tu nombre y así te proteges de lo que pueda pasar en el futuro.

-Mirá, él me dijo que se iba a encargar de todo, que nosotros no tenemos que preocuparnos por nuestros bienes, que nadie los va a tocar.

-Bueno, si papá te dijo eso, entonces no pienses que vas a perder la casa.

-Es que yo ya no le creo nada, Mai –con un manotazo Darío hizo a un lado el vaso que se deslizó por la madera de la mesa hasta frenarse contra el adorno del centro de la misma, un florero también de vidrio con unas hojas secas-. Por eso espero que papá viva muchos años más, para que él se encargue en persona de todo ese papelerío y los abogados.

-No seas tan pesimista –Maia intentaba calmar a su hermano con su habitual vocecita de niña dulce e inocente-. Me parece que lo único inteligente que te dijo es que él se iba a encargar de esos asuntos.

-Lo que pasa es que cuando uno es inteligente sabe lo que va a pasar en la mayoría de los casos.

A Maia no le sorprendió la soberbia de su hermano porque siempre lo había considerado el más pensante y capaz de la familia, así que no hizo ningún nuevo comentario sobre los problemas derivados de las últimas andanzas de Jorge, los cuales iban a poner a prueba el grado de inteligencia de Darío ya que en caso de ser elevado, él haría todo lo que estuviese a su alcance para neutralizar las consecuencias negativas de lo que sucediese. Pero si su intelecto era como el de la media, por más que pudiese

prever los acontecimientos futuros no lograría esquivar de ningún modo los efectos perjudiciales de los mismos.

VIII

Darío se quitó las ojotas de los pies y caminó descalzo, primero por la gramilla bahiana, que aun conservaba algunas gotas dispersas de la regada del atardecer, y luego por la vereda de lajas atérmicas y refractarias que bordeaba todo el perímetro de la pileta de natación. El arquitecto, que vestía una remera musculosa negra ceñida al cuerpo que acentuaba su delgadez y un traje de baño tipo bermuda multicolor, hizo todo un rodeo hasta llegar hasta un gabinete de fibra de vidrio enterrado junto al camino y en el que funcionaba la bomba centrífuga utilizada para filtrar el agua, la cual encendió levantando una perilla de plástico común y corriente. Al hacerlo, la eyección de los chorros saliendo por las bocas de las cañerías incrustadas en una de las paredes laterales del natatorio se convirtió rápidamente en un arrullo que se superpuso a la molesta estridulación de los grillos ocultos en el jardín de su casa. “Me gusta porque suena como una cascada”, afirmó Darío, quien repetía casi las mismas palabras cada vez que activaba esa cadencia acuática que le recordaba el sonido de las cascadas reales que solía visitar en sus viajes al sur cordillerano, repleto de bosques, lagos y montañas que escondían tesoros naturales increíbles.

Cuando Darío regresó a la mesa en la que acababa de cenar junto a su amiga Mariana, ésta descorchaba una nueva botella de vino blanco, dulce y helado. La mujer aun conservaba sus sandalias y, debajo de un vestido de algodón blanco sin mangas y largo hasta justo arriba de las rodillas, su traje de baño de dos piezas seguía desprendiendo humedad. Es que la mujer se había dado un chapuzón para liberarse del inevitable sudor de un pesado día de comienzos de verano mientras el anfitrión terminó de preparar el menú que luego degustaron a solas durante esa velada y que constó de unos churrasquitos de cerdo a la plancha acompañados con una ensalada de papa, huevo

duro y mayonesa, y otra de zanahoria rayada, tomate cortado estilo juliana y cubos de queso.

Y si bien se alcanzaba a ver a través de su vestido el corpiño y la bombacha de la bikini mojada, Marian prefirió no cambiarse de ropas para mantener su piel fresca por la mayor cantidad de tiempo posible. Además, era altamente probable que antes de regresar a su casa iba a volver a zambullirse en la pileta para despejar su cabeza y relajar la tensión de sus músculos, lo cuales habían participado horas antes de una intensa sesión de *spinning* en el gimnasio, para poder conciliar mejor el sueño a la hora de acostarse.

La mujer necesitaba imperiosamente descansar de manera adecuada ya que sobrevivir a las últimas dos semanas de diciembre siempre resultaba para ella un verdadero calvario debido a la gran cantidad de compromisos laborales, sociales y familiares. Por eso mismo, y a pesar de que estaba absolutamente agotada, había aceptado cenar con su viejo amigo y despedir juntos el año con un prolongado brindis.

El jardín era el eterno remanso de Darío, tanto durante la época en la que vivió en la casa de sus padres como luego en su propio hogar, primero compartido con su ex esposa y ahora con su mejor amigo. Se trataba, sin dudas, del sector preferido de su vivienda sin importar el lugar y la compañía. Por ello, el arquitecto se refugiaba allí en busca de una tranquilidad que no podía hallar en ningún otro sitio de su mundo urbano. Sin embargo, últimamente, hasta ese sitio prácticamente sagrado estaba viciado de la energía negativa que irradiaban los problemas de su familia. Y como tampoco podía recurrir a su habitual “Plan B” ya que en la Patagonia en la que lo aguardaban otro tipo de complicaciones, ni la cansina melodía de su falsa cascada lograba detener las ideas recurrentes que copaban su mente y la punzaban como un filoso trozo de vidrio roto.

-Che, Marian –Darío acabó de dar un largo sorbo de su copa de vino y en vez de apoyarla sobre la mesa ratona de plástico que hacía juego con las reposeras lo hizo sobre la hierba porque el suelo le quedaba más cerca e implicaba un menor esfuerzo, lo que su beodo razonamiento priorizó sobre la posibilidad de que el recipiente tambalease encima de la irregular y verde superficie, lo cual ocurrió por unos instantes aunque, gracias a que él acompañó con su mano la posición oscilante de la copa, el contenido de ésta no se derramó, como si todo estuviese fríamente calculado- ¿Cómo andan las cosas entre tu mamá y Ernesto?

-¿Por qué siempre lo llamas por su nombre de pila en vez de decirme tu papá? – Mariana meneaba la cabeza sin apartar la vista del cielo estrellado que la coronaba como la reina de la noche.

-Que se yo –respondió el anfitrión-. Será la costumbre.

-Ok -la mujer hizo una pausa para beber de su copa-. A simple vista parece que todo ya volvió a la normalidad pero en el fondo todos en la familia, y en especial ellos dos, mi mamá y Ernesto, sabemos que algo se rompió y que nunca nadie lo va a poder arreglar, ¿se entiende?

-Sí, claro: hay que cuidar las apariencias, ¿no?

-Así es, pero yo no puedo evitar pensar en que todo es una gran farsa y termino sintiéndome un poco avergonzada.

-Te entiendo perfectamente –Darío alzó la copa del pasto, estiró apenas el cuello hacia adelante sin levantar el tronco del respaldo reclinado y bebió su vino-. Yo siento exactamente lo mismo respecto de Jorge.

-¡Decí mi papá, por favor! –exclamó la mujer y luego carcajeó hasta atragantarse con su saliva, más espesa que de costumbre debido a su mezcla con la bebida, por lo que debió toser para liberar su garganta.

-No me jodas, ¿sí? ¿Puede ser?

-Tranquilo, fiero. Era sólo un chiste.

-Ya sé. Sólo me hago el ofendido para fastidiarte.

-¡Jajá! Sos terrible.

-Brindo por ello –Darío levantó su copa hacia Mariana, quien realizó un gran esfuerzo para acercar la suya y hacerla chocar suavemente con la de su amigo.

-Che, Dari ¿Y ya sabés si vas a tener un hermanito o hermanita?

-No lo sé, ni me importa –Mariana había metido el dedo en la yaga y el rostro de Darío se ensombreció-. Sinceramente, no quiero ni conocer al bebé cuando nazca y mucho menos a la madre.

-No seas así.

-¿Así, cómo?

-Resentido, como tu papá.

-No soy resentido. Simplemente se trata de una situación incómoda que prefiero evitar. ¿O a vos te causó mucha gracia conocer a la hija que Ernesto tuvo con su amante, la secretaria?

-No me hablés así. Son casos distintos porque yo ya la conocía de bebé, aunque sin saber que era hija de mi papá y no del esposo de la secretaria, a la que también conocía desde hacía muchos años –Mariana se sentó a mitad de la reposera, apoyó ambas piernas en el suelo, a un costado de la misma y mantuvo la espalda erguida, algo inclinada hacia adelante.

-Eso es cierto. Pero no me vas negar que cuando supiste la verdad empezaste a ver a la nena y a su madre con otros ojos, ¿o me equivoco?

-Tenés razón pero bueno, cuando las cosas se calmaron un poco, después del shock inicial, la mujer vino a vernos, a mis hermanas y a mí, y tuvimos una charla seria,

muy correcta, en la que ella nos contó cómo ocurrió todo, lo enamorada que estaba de mi papá y que si no habían formado una pareja había sido por exclusiva decisión de él.

-Ya veo.

-Y nos dijo: Yo dejé a mi esposo y padre de mis hijos por el amor que siento por tu papá. ¿Qué podés decir ante esas palabras?

-No mucho, ceo.

-Es que cuando del otro lado tenés una persona sincera, con buenas intenciones o que al menos pretende enmendar sus errores, no queda demasiado espacio para patalear.

-Claro –el anfitrión hizo una breve pausa y volvió a beber de su copa-. Lo que sucede con Jorge es que la pendeja con la que está no parece ser una buena persona ni mucho menos. Y mientras Ernesto eligió quedarse con tu mamá, él prefirió a esa tilinga. Y eso dice mucho de qué clase de hombre es uno y el otro.

Darío bajó la cabeza por unos segundos y clavó sus ojos vidriosos en las gruesas hojas con forma de lengüitas de la gramilla.

-No seas tan duro con él. Tu papá no es una mala persona. Simplemente tiene el corazón en el lugar equivocado. Como dicen los norteamericanos: *The heart in the wrong place*.

-Sí, en el culo lo debe tener porque es un corazón de mierda –Darío arrancó una pequeña mata de pasto y la arrojó hacia una maceta colocada contra la pared medianera, a unos pocos metros de distancia.

-Quizás por eso le agarran los infartos.

-¡Qué graciosa!

-Mirá, Dari, todos tienen algún defecto importante. Mi vieja también tuvo lo suyo –aclaró Mariana.

-¿Qué? ¿También engañó a tu viejo?

-No, pero lo amenazó con denunciarlo por adulterio. Claro, que en ese momento no regía el nuevo Código Civil que eliminó el deber de fidelidad en el matrimonio, por lo que ahora esa denuncia quedaría excluida del juicio de divorcio y pasaría a formar parte de una posible demanda por daño moral.

-¡Mirá vos! Jamás me hubiese imaginado a tu mamá adoptando una postura como esa. Más allá de que es abogada y conoce cada uno de los vericuetos legales posibles.

-Por eso te digo que en estos temas no se salva nadie.

-A mí lo que más miedo me da es que terminemos siendo como nuestros padres.

-Tampoco son tan desastrosos, che. Hay relaciones que funcionan y otras no.

-De todos modos, yo me estoy refiriendo a la paternidad. Por ejemplo, yo odiaría convertirme en un papá como el mío y todo este lío que se armó con él en el último tiempo fue un llamado de alerta.

-Para no cometer los mismos errores que Jorge.

-Exacto.

-Bueno, yo me veo muy parecida a mi mamá pero confío en que no voy a cometer las mismas equivocaciones que ella cuando sea madre. Es más, creo que los que tuvimos padres complicados justamente terminamos siendo mejores papás que ellos porque sabemos lo que sufre un chico por los efectos de una mala paternidad.

-Ojalá así sea.

-Nada me haría más feliz que eso.

-O sea, que ahora tengo que buscarme una mujer que tenga unos padres tan jodidos como el mío y listo.

-Esa va a ser una tarea bastante difícil, eh –el tono bromista de Mariana se convirtió seguidamente en una risotada grotesca.

-Muy difícil, diría yo.

-Pero no imposible, creo.

-Mirá, la cosa es clara: aquel que no puede desempeñar como se debe el rol de padre no debería tener derecho a hacerlo. Y punto.

-Suená fácil, pero hasta que no sos padre no se puede saber si podés desempeñarte o no como tal.

-Puede ser. Sin embargo, en el caso de Jorge, él sabía perfectamente y de antemano en lo que se metía pero no le importó un carajo porque siempre fue, es y será un egoísta.

Mariana se guardó sus juicios de valor sobre el tema porque ya estaba cansada de escuchar a su amigo quejarse de su padre y, a la vez, tenía más que suficiente con las andanzas del suyo. Y en ese marco, lo que le quedaba claro, tanto para ella como para él, era que la generación de Jorge y Ernesto cargaba con una culpa infinita por haber deshonorado sus deberes como padres.

-¡A la mierda con nuestros padres! –Darío volvió a alzar alzó su copa-. Brindemos por nosotros dos.

-Eso sí suena bien.

Los dos amigos brindaron nuevamente entre carcajadas y luego permanecieron un largo rato recostados, con la mirada perdida en el firmamento. Hasta que Mariana se reincorporó abruptamente al escuchar el rechinar metálico de la puerta de escape del portón de ingreso a la casa de Darío. La mujer alzó la mirada sobre los hombros del arquitecto, quien no se preocupó y siguió de espaldas a la entrada principal. “Debe ser Ariel”, dijo el anfitrión a su invitada de honor, que entonces se relajó y volvió a echarse sobre la reposera.

Como ocurría casi todos los jueves por la noche, Ariel cenaba en la casa de sus padres, que vivían en el barrio, del otro lado de las vías, donde también ese día de la semana se producía otra vieja costumbre: de 8 a 18 se cortaba el tránsito a lo largo de tres cuadras que bordeaban el parque de la estación para que los feriantes colocasen sus puestos de venta ambulante, principalmente de frutas, verduras y pescados. Esto sucedía hacía décadas y los vecinos más antiguos de Trevithick estaban acostumbrados a esa situación, por lo que no solían quejarse de los cortes en el tránsito. Sin embargo; cierto malestar había comenzado a crecer entre los residentes más nuevos ya que el paulatino aumento en el número de vendedores generaba una gran cantidad de desperdicios que ensuciaban la calle hasta convertirla en un verdadero chiquero que los peatones, como en este caso Ariel, debían atravesar para llegar al otro lado de la estación. Y ese estado mugriento y maloliente permanecía hasta la mañana siguiente cuando los empleados de la Municipalidad procedían a la limpieza, barrido y recolección de la basura.

Esa noche, Ariel cruzó vociferando todo tipo de insultos porque la alta temperatura potenciaba los malos olores y el aire se había tornando prácticamente irrespirable, mientras que la superficie del suelo estaba pegajosa y resbaladiza. Así, al llegar a lo de Darío, agitado y molesto, fue directamente hacia el jardín con la intención de refrescar sus pies en la pileta pero al advertir la presencia de su amigo y Mariana en ese sector de la casa decidió entonces no descalzarse ni mojarse para no interrumpirlos. A pesar de ello, se acercó fugazmente a la pareja para saludarla como correspondía aunque no pudo disimular el gesto repleto de contrariedad dibujado en su rostro cubierto por el sudor.

-¿Querés comer algo, Ari? Mira que sobró comida –dijo Darío mientras el recién llegado, con los brazos en raja, observaba los trastos sucios arriba de la mesa.

-¿Cocinaste vos o pidieron comida? –Ariel se volvió hacia su amigo, que seguía recostado.

-Cocinó él –apuntó Mariana, a lo que Ariel asintió con la cabeza, mordiéndose su labio inferior.

-Hice unos bifés con ensalada –indicó el arquitecto-. Lo que sobró lo dejé en la cocina, sólo tenés que calentarlo.

-No, gracias. Recién vengo de cenar con mis viejos, así que no tengo hambre. Aunque está tan pesado el clima que en la caminata de regreso bajé gran parte de las calorías que ingerí.

Ariel seguía sudando como un chanco y la remera de algodón blanca se le había pegado al cuerpo, al tiempo que los gruesos y largos vellos de sus piernas brillaban por las gotas de transpiración que descendían hasta sus tobillos.

-¿Por qué no te metes a la pile? –propuso Darío.

-Prefiero una ducha fría porque si me meto ahora a nadar después tengo que bañarme igual para sacarme el cloro de encima –respondió Ariel.

-Buen punto-acotó Mariana-. Capaz que yo también me de una ducha rápida para refrescarme antes de irme, si no les molesta.

Ariel guardó silencio y Darío, echado como un lagarto bajo el sol, se encogió de hombros.

-Como quieras, Marian –dijo el anfitrión-. Hacé de cuenta que estás en tu casa. Eso sí, el que se duche último seca el baño porque no quiero levantarme a la mañana y encontrarlo todo mojado.

-¡Ah, bueno! –exclamó la mujer-. Así que ahora te preocupa la limpieza de tu hogar. Eso sí que es una novedad.

-A él preocupa pero el que limpia y ordena todo soy yo, eh –indicó Ariel justo antes de que Mariana emprendiera el camino hacia el interior de la casa para visitar nuevamente el *toilette* ya que no paraba de beber, con lo que su vejiga rebalsaba con suma facilidad y frecuencia.

-Che, Dari –retomó Ariel una vez se quedó a solas con su amigo-. Necesitaría hablar de algo importante con vos –continuó mientras miraba de reojo hacia el interior de la casa para chequear que Mariana seguía en el baño y se cercioró de ello casi en el acto, al escuchar el accionar del botón del inodoro detrás de la puerta cerrada.

-Sí, Ari. No hay problema –Darío alzó con sumo esfuerzo su cabeza y apenas despegó los hombros del respaldo de la reposera para dirigirse a su interlocutor-. ¿Es urgente? ¿Tiene que ser ahora?

-No, no es urgente pero sí se trata de algo privado –Ariel bajó el volumen de su voz para evitar ser oído por Mariana, quien acababa de salir del *toilette* y atravesaba la cocina rumbo al jardín.

-Ah, bueno. Entonces charlamos después.

-Dale, pero no te olvides, eh.

-No me voy a olvidar. Lo prometo.

-Eso espero.

-Ari, tomate una copa y dejate de joder.

-Sí, Ari, relájate un poco –intervino Mariana al acomodarse otra vez sobre la reposera.

-Hoy paso. Estoy cansado y me duele mucho la cabeza. Prefiero irme a dormir –respondió Ariel, que seguía de pie en junto a la posición de Darío.

-Ok, como quieras –dijo el arquitecto, tras lo cual, el recién llegado dio media vuelta, se despidió de Mariana con un beso en la mejilla y se introdujo en la casa, donde

antes de subir a la planta alta para darse una ducha fría pasó por la cocina y bebió un vaso de agua helada.

-¿Le pasa algo? -preguntó la mujer a Darío, quien parecía no haberse sentido afectado por la actitud seca y distante de su mejor amigo.

-No creo, ¿por?

-No sé. ¿Le habrá molestado mi presencia?

-Para nada. Es que Ari es así, un tipo solitario que no altera sus conductas habituales ante las mujeres.

-Ajá, o sea, todo lo contrario a vos, ¿no?

-¿Qué significa ese tonito prejuicioso? -Darío al fin separó su espalda de la reposera y se sentó a mitad de la misma.

-Que Ariel no le molesta irse a acostar solito, je.

-¡Ah, bueno! ¡Mirá quién habla: la Madre Teresa! ¡Jajá!

-Yo no digo que sea una santa, pero no estoy a tu nivel, querido.

-¿Qué nivel?

-Digamos que yo no ando con cualquiera.

-¿O sea que no tenés sexo casual?

-Sí, lo tengo. Pero cuando lo hago es porque me gusta. No soy adicta como vos. Y esa, mi querido amigo, es la gran diferencia que existe entre nosotros dos.

-¡Dejame de joder! -Darío se puso de pie de un salto y dio dos pasos hasta la mesita de plástico en la que había depositado la hielera con la botella de vino blanco, y se sirvió otra copa-. Yo no soy un adicto al sexo, nena, y no me acuesto con cualquiera.

-Ok -Mariana también se sentó con la espalda erguida y acercó su copa semivacia hacia Darío para que éste la volviese a llenar con los jugos blanquecinos de la

cosecha tardía de la *chenin*-. Pero no me vayas decir que si en este preciso momento yo te propongo tener sexo absolutamente casual vos rechazarías la oferta.

-Claro que te diría que no -indicó Darío con una sonrisa y volvió a recostarse sobre la reposera.

-¡¿Ah, sí?! O sea que no te gusto.

-No es eso.

-Lo que pasa es que yo nunca te di cabida.

-¡Jajá! ¿No te acordás de aquella vez que volvimos del bar y nos quedamos tomando mates en mi habitación hasta que salió el sol?

-No.

-¡Qué no te vas a acordar! -Darío señaló a su amiga con su mano libre, la cual la movió lateralmente con la palma hacia arriba como si fuese una guadaña-. Fue justo después de que vos dejaste a ese novio gordo impresentable que se la pasaba de putas y jugando a las cartas con sus amigos.

-Pero eso fue hace más de diez años.

-Quince, para ser más exactos.

-Ahora me acuerdo. Y vos te habías tomado un tiempo con Melina, ¿no?

-Claro. Y nos juntábamos todos los viernes a la noche para cenar y después íbamos al bar con los chicos.

-Sí, sí.

-Bueno, esa noche volvíamos del bar en mi auto y me dijiste que no querías ir a tu casa, que todavía era temprano, entonces te propuse tomar algo en la mía ya que mi mamá y mi hermana se habían ido de viaje.

-¿Y qué pasó después? Porque yo no recuerdo nada raro.

-¡Qué conveniente!

-Estoy hablando en serio.

-Es decir que no te acordás que primero, mientras yo preparaba el mate en la cocina, vos fuiste al baño y volviste con tu jean desabrochado, al punto que se veía el bordado de tu bombacha, y la remerita levantada que dejaba el ombligo al aire.

-Eso no fue ninguna insinuación, che.

-Y después fuimos a tomar mates a mi pieza y vos te acostaste en mi cama descalza y en musculosa con tus piernas apoyadas sobre mí.

-Pará, pará. Que fuiste vos el que propuso ir a la pieza a tomar mates en vez de quedarnos en la cocina.

-¡Ah!, ¿viste que te acordás?

-De a poco, algunos recuerdos vuelven a mi mente.

-Sí, seguro –ironizó Darío.

-¿Y entonces? –Mariana miró a su amigo y alzó el entrecejo.

-En un momento me dijiste que tus piernas me pesaban así que te acostaste de lado y apoyaste tu cabeza en mi pecho...

-¡Guau! ¿Tanto alboroto por eso?

-¿Te parece poco?

-No parece mucho, eso seguro.

-El punto es que yo tranquilamente podría haber avanzado sobre vos y no lo hice por respeto a nuestra amistad -afirmó Darío. Las pajas que me habré hecho recordando esa noche, se dijo el arquitecto, a quien no le excitaban tanto los atributos físicos de su vieja amiga sino los detalles que ella siempre le había brindado sobre cada una de sus conquistas de juventud, los cuales él corroboró en varias ocasiones ya que muchos amantes de Marian fueron conocidos suyos que describían a ésta como “una puta en la cama”.

-Bueno, bueno, pero eso fue hace mucho, otra época.

-¿Ahora sería distinto?

-Obvio. Ya somos grandes.

Darío largó una fuerte carcajada y dio un largo sorbo de su copa de vino.

-Pero no pasa por ahí y vos lo sabés muy bien.

-Ya sé. Te estoy cargando, tontito -Mariana se acercó hasta Darío y le pellizcó uno de sus cachetes sonrojados por los efectos de la ingesta alcohólica.

-Sería muy boludo de mi parte poner en riesgo nuestra amistad por una noche de sexo.

-Pero mirá que es buen sexo, eh.

-¡Qué tarada! -Darío negó con la cabeza-. Hablemos en serio ahora.

-Ok -Mariana abandonó sus gestos bromistas y su voz sonó más formal-. ¿Y por qué la arriesgarías?

-En estas condiciones no se me ocurre ningún motivo lo suficientemente bueno para hacerlo, Marian.

-¿Y si diría que te amo y que quiero que nos casemos?

-¡Uh! -exclamó el arquitecto llevándose la mano a la frente-. Ya te fuiste por las ramas.

-Estamos hablando hipotéticamente.

-Está bien -Darío hizo una pausa para dejar a un costado la copa-. Dos cuestiones respecto de lo que acabas de decir: una, la obvia, los dos sabemos que lo nuestro es otro tipo de amor. La otra, que no podríamos convivir.

-¿Por qué? Si nos llevamos bien.

-Claro que sí. Pero no funcionaría porque nos conocemos demasiado. Sabemos todo el uno del otro y una pareja necesita tener secretos.

-Tenés razón. Eso es lo que mantiene el misterio y la atracción con el correr de los años, ¿no?

-Exactamente.

Mariana asintió.

-¿Ves? -prosiguió Darío-. Pensamos demasiado parecido. Nuestra convivencia sería muy aburrida.

-Cierto. No discutiríamos nunca pero tampoco nos divertiríamos.

-A eso me refería, justamente -Darío se reincorporó, volvió tomar la copa y vació lo poco que quedaba en la misma de un solo trago-. Además, el matrimonio es algo demasiado convencional para nosotros dos.

-Coincido. No va con nuestro estilo.

Darío y Mariana volvieron a recostarse y permanecieron un rato meditando en silencio, con un cielo cada vez más estrellado como único testigo y el arrullo de la falsa cascada como música de fondo.

-Podríamos tener un hijo -las palabras roncadas del anfitrión rompieron el mutismo de aquel escenario casi cinematográfico montado en el jardín-. Esa sí que sería una muy buena razón para arriesgar nuestra amistad teniendo sexo.

-¡Otra vez con que el tema de la co-paternidad!

-Y bueno... son las nuevas tendencias. Una moda, se podría decir.

-Una moda que resulta más conveniente para las parejas homosexuales que a partir de la legalización del matrimonio igualitario buscan a una tercera persona para lograr una inseminación artificial. Nada más distinto a nuestro caso, Dari.

-También están los heterosexuales que buscan pareja por Internet sólo para procrear. Me consta porque en la oficina una secretaria me contó que tiene una amiga que está haciendo eso.

-Un poco desesperado, ¿no te parece?

-Y sí.

-¿Pero cuántos años tiene esa mujer?

-Y... es un poco mayor que nosotros.

-¡Con razón!

-Hablás como si nosotros fuéramos chicos. Marian, ya tenemos casi cuarenta años, los dos queremos ser padres, ¿qué carajo vamos a esperar?

-Me parece que el vino te pagó mal.

-Estoy en pedo pero no tanto, nena.

-No es una mala idea, pero me resulta un poco rara. ¿A vos no?

-Sí, es extraño. Y por eso me gusta.

-Igual, creo que estamos mezclando los temas, porque podemos ser padres sin tener sexo. Digo, con los avances científicos que hay hoy en día como el congelamiento de óvulos y la fertilización in vitro.

-Pero todos esos procesos son carísimos y no son cien por ciento seguros.

-Nada es cien por ciento seguro.

-Bueno, pero la procreación de la forma que yo propongo es más divertida, jeje.

-Al final, los hombres son todos iguales. Lo único que quieren es coger.

-No me vengas con ese discurso, por favor. Nosotros nos encontramos en otro nivel para caer en esa discusión tan trillada.

-Estás borracho, Dari.

-Pero estoy hablando en serio. No es broma lo que te estoy proponiendo.

-Ya sé. Pero mejor lo hablamos cuando los dos estemos más sobrios.

-Eso sí me parece lo más prudente. Mientras tanto, sigamos con nuestro brindis de fin de año.

-Sí, mejor cambiemos de tema.

Darío acabó el contenido de la botella colocándolo en las dos copas y luego fue hasta la heladera a buscar otra.

Al llegar al sector de la cocina, el arquitecto se topó con Ariel que ya se había duchado y había regresado por otro vaso de agua fría para llevárselo a su habitación antes de acostarse.

-Che, Dari -arrancó Ariel como si estuviese pidiendo permiso-, respecto del tema que quería hablar con vos.

-¿Pero no me dijiste que no era algo urgente? –lo interrumpió el dueño de casa mientras cerraba la puerta del *freezer* de la heladera.

-Sí, sí.

-Bueno, después charlamos tranquilos. ¿Qué apuro hay?

-Ok –Ariel sabía que Darío estaba con muchos problemas y no quería sumarle otro, y tampoco pretendía ponerse más pesado que el clima y arruinarle la velada, así que, resignado y cabizbajo, encaró hacia la escalera para luego recalar en su habitación, donde había dejado el aire acondicionado encendido para refrescar el ambiente aunque justo antes de meterse en la cama lo apagó para poder dormir destapado y sin el riesgo de que el frío seco del aparato le provocara alguna congestión nasal o dolor de garganta.

Por su parte, Darío regresó al jardín donde volvió a llenar las copas de vino. Mariana agradeció mientras que él apagó luego la bomba centrífuga de la pileta y el chirrido de los grillos volvió a vibrar en el aire húmedo y pesado que los envolvía. Recién entonces, el arquitecto se recostó a la par de su amiga, ni adelante ni detrás, justo al lado, y ambos bebieron callados aunque la melodía de sus silencios retumbaba aun más que el bullicio interno de sus agitadas mentes que los acompañaban.

-¿Quieres quedarte a dormir? -preguntó Darío tras ese reposo sigiloso que pareció más largo de lo que realmente fue.

-No, gracias. Estoy bien para manejar hasta casa -respondió la mujer y acto seguido se puso de pie, levantó sus sandalias del piso y tomó su cartera.

-¿Te vés?

-Sí, ya es tarde –indicó Mariana y comenzó a caminar hacia la puerta con Darío pegado a sus talones.

Al llegar al portón, la invitada se despidió con un pico.

-Después hablamos -dijo ella, que se subió rápido a su coche y bajó la ventanilla-. ¡Chau papi! -añadió con una sonrisa cómplice a la que él respondió con una carcajada, siguiéndole el juego.

-¡Chau mami! -Darío la acompañó con la mirada, parado en la vereda hasta que ella dobló en la esquina y las luces del vehículo se desvanecieron en una oscuridad que ya había perdido densidad. Debía faltar poco para que amaneciera, supuso el arquitecto, quien no llevaba la cuenta de qué hora era.

Al día siguiente, cuando Ariel se levantó, Darío ya se había ido a trabajar. “No sé cómo carajo hace para dormir tan poco y andar todo el día de acá para allá”, se dijo mientras desayunaba solo en la cocina, con el vaso de leche entera, no descremada ni libre de lactosa como la que bebía su conviviente, apoyado sobre la mesada junto a un pequeño plato en el que había preparado dos tostadas con manteca y mermelada de durazno.

Ariel ya estaba de vacaciones de la Facultad, por lo que esa mañana se entretuvo un largo rato navegando por Internet en su *laptop* y haciendo también un poco de

zapping antes de ir a hacer las compras de la semana para la casa. Estaba por salir cuando recibió en su *smartphone* un mensaje instantáneo de Darío: “¿Estás ocupado?”

“Justo me estoy yendo a hacer las compas, ¿por?”, respondió Ariel.

“Ok. Entonces te llamo en un rato. Cuando vuelvas”, indicó Darío.

Ariel recorrió las calles del centro comercial de Trevithick con una sola idea en la cabeza. Varias veces detuvo su caminata y miró la pantalla de su celular en busca de algún mensaje nuevo, pero no de Darío, sino de Melina y hasta se tentó con llamarla ya que hacía varios días que no sabía nada de ella. La situación entre ambos se había vuelto rara, como si hubiera quedado atrapada en una nebulosa, a la espera de una charla pendiente entre dos viejos amigos.

Cuando regresó del supermercado ya pasado el mediodía, Ariel se abocó acomodar los distintos víveres y artículos de limpieza que acababa de comprar con una extensión de la tarjeta de crédito de Darío. Al rato, cuando se disponía a preparar el almuerzo, sonó su celular: era Darío, quien lo llamaba desde su camioneta.

-¿Por dónde andás? -preguntó Ariel apenas atendió la llamada y al advertir que la señal era mala salió inmediatamente al jardín para obtener una recepción mejor.

-Estoy en la ruta. Yendo a la costa -respondió Darío y su amigo pudo percatarse por lo lejana que sonaba la voz de su interlocutor que aquel estaba conduciendo en ese preciso momento.

-¿A la costa? ¿A qué? ¿Por trabajo?

-No, no. Me estoy yendo a pasar las fiestas allá. Necesito estar unos días solo y despejarme, amigo. Vos me entendés.

-Sí, entiendo. ¿Pero a dónde vas exactamente?

-Marian me recomendó un hotel en el medio de un bosque que queda entre dos médanos al lado de la playa. Es de unos amigos de ella, así que voy a encarar para allá.

-¿Marian está con vos?

-No, no. Ella capaz que venga unos días, pero más adelante, después de Navidad. Igual, no es seguro.

-Ok.

-Perdón que te avise así de la nada. Pero lo decidí esta mañana cuando me levanté hecho mierda.

-No te preocupes.

-Es que me di cuenta que así no puedo seguir. Me voy a enfermar.

-Es lo que siempre te digo. Que bajes un cambio, amigo.

-Sí, lo sé. Igualmente, me siento un poco mal porque te debo la charla que me pediste. ¿De qué querías hablarme?

-Olvidate. Lo hablamos cuando vuelvas. Prefiero hacerlo en persona antes que por teléfono.

-Claro. Entiendo. Yo también tengo algo muy importante que contarte.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-¿Bueno o malo?

-Bueno. Bueno. Definitivamente.

-Ok.

-Te tiro el título nomás, para que te vayas haciendo una idea: decidí que voy a tener un hijo.

-¿¡Qué?!

-Escuchaste bien: un hijo.

-¿Y con quién?

-Con Marian.

-¡¿Vos estás loco?!

-No, amigo. Nunca estuve más seguro de algo en toda mi vida y soy perfectamente consciente de lo complejo que es este tema. Y ella también.

-Si vos lo decís –dudó Ariel, quien en el fondo se preguntaba cómo su amigo había pasado en cuestión de horas a no querer tener ninguna relación seria a ser padre con su mejor amiga.

-Quedate tranquilo, Ari. Cuando vuelva después de Año Nuevo nos tomamos unos vinos y hablamos bien de todo. ¿Querés darme un adelanto de lo tuyo así yo también me hago una idea?

-No, no. Con tu noticia ya es suficiente por hoy. Mejor dejá de hablar por teléfono y manejá como corresponde.

-Tenés razón. De a una cosa por vez.

-Tal cual.

-Buen, Ari. Te dejo. Que pases unas lindas fiestas y mandale mis saludos a tu familia. Y ya sabés que mi casa es tu casa, así que hace lo que quieras con ella mientras yo no esté. ¡Jajá!

-Gracias Dari. Igualmente y cuidate.

Ariel cortó la comunicación y se desplomó sobre una de las reposeras que su amigo y Mariana habían dejado sobre la vereda que rodeaba la pileta en la que ahora reverberaban unos furiosos rayos del sol, capaces de derretir hasta el plástico blanquecino de los muebles de jardín, los cuales se sentían como una asadera, por lo que para evitar dañar su piel debió colocar una lona sobre el respaldo.

IX

Ariel mantenía sus dos manos firmes sobre el volante y sus ojos clavados en la ruta desplegada delante suya como una alfombra gruesa y oscura, apenas iluminada por los faros del auto que transitaba velozmente entre el pinar que se levantaba entre los médanos que bordeaban el mar bajo una noche tan clara que la luz de la Luna reverberaba en la espuma de las olas que apenas se veían ir y venir sobre la línea del horizonte. Junto al conductor, sentada con las piernas abiertas, iba Melina que no apartaba su mirada de él y, para llamar su atención, se desabrochó el pantalón de jean ajustado que marcaba su cola y sus muslos, y se bajó el cierre de la bragueta lentamente con los dedos pulgar e índice casi sin hacer el más mínimo sonido. Ariel la miró de reojo y ella, segura de que ya había acaparado toda la atención necesaria, se pasó el índice y el mayor por debajo de su bombacha de lino blanco y los introdujo en su vagina. Al cabo de unos segundos los retiró húmedos y calientes, y los llevó a la boca de él. “Bienvenida a mi mundo”, le dijo al conductor penetrándolo con la vista. Ariel lamio con su lengua hinchada las falanges jugosas hasta que ella las retiró suavemente, limpias como un hueso recién roído. Luego, tomó la mano que él tenía depositada en la palanca de cambios y la presionó contra sus genitales. Ariel siguió conduciendo el coche mientras masturbaba a Melina, quien jadeaba sin cesar y se manoseaba las tetas por encima de su blusa desabotonada y del corpiño, ambas del mismo color que la bombacha. “¡Ah!, ¡hmmm!, ¡sí!”, repitió Melina una y otra vez hasta acabar entre gemidos y exclamaciones que retumbaron en el interior del pequeño habitáculo que quedó inmerso en una nube de vapores ardientes que empañaron los cristales de las ventanillas.

-Ése volante se levanta, ¿no? -preguntó la mujer, con su cabellera despeinada y unas brillantes gotas de sudor que descendían por sus mejillas sonrojadas, pasando por su cuello hasta recalar en el hueco que unía sus senos endurecidos hasta los pezones.

-Sí, claro -respondió el conductor.

-Entonces, levántalo.

Ariel retiró su mano derecha, aun tibia y humedecida, de entre los muslos de la mujer y destrabó el mecanismo para correr el volante hacia arriba, tras lo cual, Melina se ató una cola en el pelo y aprovechando el mayor espacio que había quedado sobre el regazo de él, le bajó el cierre del pantalón y el slip, y comenzó a masajearle el pene, que no tardó demasiado en ponerse erecto. Una vez que el miembro del conductor estuvo tieso, la mujer se lo introdujo en la boca hasta ocupar todo el espacio disponible en dicha cavidad, casi al punto de atragantarse. Entonces, mientras él controló el volante con la mano izquierda, con la derecha corrió la blusa y el corpiño de ella, y toqueteó los pechos turgentes de la mujer que obstruían el acceso a la palanca de cambios.

-¿Te gusta como te la chupo? -Melina se sacó el pene de su boca para recobrar el aliento pero sin dejar de masturbarlo con sus delicadas y finas manos.

-Me encanta como lo hacés -respondió él mirándola a los ojos, a lo que Melina sonrió e inmediatamente después volvió a posar su lengua en el glande como si fuese un helado.

-Igual, avisame cuando vas a acabar -aclaró la mujer y tras un par de lamidas más se volvió a introducir el pene entero en la boca, al tiempo que el auto zigzagueaba por la ruta desierta y en el equipo de audio del coche sonaba un *reggaetón*.

Ariel sentía que estaba a punto de eyacular cuando escuchó la alarma de un reloj. Era el despertador que desde la mesita de luz de su dormitorio en la casa de Darío le avisaba que ya era hora de levantarse de la cama. Bañado en sudor y con el pene erecto,

se sentó en la cama con el torso desnudo y se estiró hasta la mesita para apagar la alarma y tomar su teléfono celular. Lo encendió y chequeó si tenía algún mensaje o llamada perdida de Melina, pero sólo encontró los textos que había intercambiado con ella hasta la noche anterior cuando finalmente acordaron verse esa misma mañana, antes del mediodía, porque después, según ella, la iba a “resultar imposible” porque tenía “muchos asuntos que atender”.

Era lunes 29 de diciembre, el primer día hábil de los últimos seis ya que como Navidad había acaparado miércoles y jueves, el Gobierno decidió que el viernes 26 fuese un “feriado puente”, al igual que el 2 de enero siguiente a los festejos del Año Nuevo, lo que fue aprovechado por una gran porción de la población para adelantar sus vacaciones de verano.

Durante esos ajetreados días previos, Ariel había intentando verse con Melina, incluso desde antes de la Nochebuena, pero la mujer argumentó que no podía porque estaba muy ocupada con el trabajo, las estresantes compras navideñas y los interminables compromisos familiares y sociales. Así que él debió conformarse con sólo intercambiar una larga serie de mensajes instantáneos sobre trivialidades y cargadas indirectas, y unas pocas llamadas.

En esas últimas, él le preguntó si la razón por la que lo estaba evadiendo era que ella todavía no había hablado del tema con Milena, a lo que Melina le respondió que no se trataba de eso y que si no había hablado con su amiga era porque, de momento, no lo creía necesario, aunque Ariel sospechaba que no había reunido el coraje suficiente para hacerlo.

-Nosotras no tenemos la misma relación que vos y Dari. Ustedes dos son amigos de toda la vida y nosotras nos conocimos a través de ustedes. Además, Mile vive en su propio mundo -indicó Meli mientras recordaba la reciente confesión de su amiga cuando

ésta le había dicho que estaba “re enganchada” con el hijo de un empresario allegado a su padre y que era varios años menor.

Digamos que Milena se caga en todo, evaluó Ariel mentalmente y luego trató de imaginar cómo hubiese sido una relación entre su ex y su mejor amigo, y esa loca idea le arrancó una risa contrariada.

-¿En qué te quedaste pensando? –preguntó Meli al advertir que el silencio de su interlocutor se prolongaba demasiado.

¿Sabrá que Mile está de novia?, se preguntó la mujer, pero las dudas que le había generado la risita de Ariel se disiparon rápidamente ya que entendió que era prácticamente imposible que él se hubiese enterado de aquello. ¿Qué le habrá dicho Darío sobre nosotros?, se dijo Melina, quien no podía ocultar su curiosidad por conocer el contenido de la charla que, según Ariel, habían tenido éste y su ex esposo.

Por su parte, Ariel había utilizado el argumento de que su amigo no se había molestado por su *affair* con Melina para concretar una cita con ésta. Pero la charla entre los dos amigos nunca existió y si Ariel mintió fue porque sabía perfectamente que tarde o temprano iba a tener que hablar con Darío sobre el tema y que Melina jamás se enteraría de la misma a través de un tercero.

Aquel ardid le pareció a Ariel una mentira piadosa, la cual no le generó demasiada culpa. Además, él era de esas personas que creen que las cosas buenas le ocurren a quienes saben esperar y, en ese sentido, estaba convencido de que él había esperado lo suficiente y que se trataba de una oportunidad única e irrepetible, por lo que valía la pena arriesgarse.

La gran pregunta era cuánto arriesgar, pero la respuesta adecuada parecía quedar cada vez más lejos del alcance de Ariel ya que éste no tenía consciencia de que se

encontraba demasiado cegado por la pasión, lo que aumentaba las probabilidades de que sus acciones no resultasen gratificantes para nadie.

Inicialmente, el plan había sido salir con Melina el domingo 28, pero ese día la corriente del Niño provocó una tormenta que azotó la Capital y toda el área Metropolitana, por lo que la gente casi que no pudo salir de sus casas por la cantidad de agua acumulada, los fuertes vientos y hasta la caída de granizo. Hubo algunas calles anegadas y caída de árboles, pero la situación no llegó a ser grave. Sin embargo, como consecuencia del temporal, la mujer llamó esa noche a Ariel para finalmente suspender la salida y pasarla para el lunes, cuando, casualmente, ella ya iba a tener todo el departamento a su disposición dado que Milena partía esa misma mañana al Interior del país para pasar Año Nuevo con unos parientes a los que no veía hacía mucho tiempo.

El encuentro entre Ariel y Melina bien podría haberse llevado a cabo en la casa de Darío, quien seguía de viaje, dado que se trataba a de un escenario más cómodo y vistoso que un departamento en pleno centro urbano. Es que hacía tanto calor que prácticamente no cabía otra opción para aguantarlo que pasar la mayor cantidad de tiempo posible dentro de una pileta o a la sombra de un florido jardín, lejos del asfalto. Pero ella no estuvo muy convencida al respecto, por lo que él, inconscientemente distanciado del verdadero goce, optó por comportarse como un caballero y se ofreció a trasladarse hasta la Capital.

Era como descender al infierno, sobre todo, si se viajaba en un medio de transporte público sin aire acondicionado, por lo que Ariel se dio primero una ducha bien fría y luego se vistió con una bermuda, una camisa de mangas cortas color blanco y unas sandalias marrones. Fresco y perfumado, con efectivo en la billetera y preservativos en uno de los bolsillos, partió hacia la estación de trenes y en el trayecto ya lo agobió la alta humedad derivada de la evaporación del agua de lluvia que aun

quedaba en las calles y veredas. “Estoy saliendo para allá”, le escribió a Melina en un mensaje de texto instantáneo, el cual fue leído inmediatamente. “Ok. Te espero”, respondió la mujer segundos después.

El acuerdo previo entre ambos implicaba que él se dirigiría directamente al departamento y si llegase a cruzarse con alguno de sus ex vecinos del edificio diría que había ido a buscar pertenencias suyas que habían quedado allí desde su separación con Milena. Era una maniobra riesgosa pero más aun hubiese sido, según ella, que un conocido los viera juntos por la calle, en algún bar o restorán. Lo mejor era que el asunto quedase completamente circunscripto entre cuatro paredes. De hecho, Ariel conservaba las llaves para entrar, por lo que Melina no necesitaba siquiera bajar hasta el hall para abrirle y así podía seguir jugando a las escondidas.

Ariel abrió los ojos con dificultad ya que seguía con sueño pero una sensación extraña lo acababa de despertar. Sin levantar la cabeza de la almohada observó de costado como una tenue luz ingresaba a la habitación por la persiana del ventanal y supuso que todavía era temprano, que ni siquiera había amanecido. Sintió un fuerte cosquilleo desde el vientre hasta el estómago de su cuerpo que yacía desnudo sobre unas sábanas revueltas. Melina estaba recostada sobre él, decúbito lateral, y le practicaba sexo oral de una manera que combinaba perfectamente la intensidad y lo gentil.

-¿Te desperté? -preguntó la mujer volviendo su cabeza hacia él, quien había comenzado a acariciarle la espalda suavemente con la yema de sus dedos.

-No importa, así vale la pena despertarse -respondió el hombre e intentó reincorporarse para avanzar sobre ella que, a su vez, le colocó una mano sobre el pecho y con un leve empujón lo obligó a apoyar nuevamente su espalda sobre la cama.

-Vos tranqui. No tenés que hacer nada.

-¿Segura?

-Sí, sí. Esto es lo que más que gusta -agregó ella y volvió clausurar su boca con el glande de su amante que sintió como si una llamarada lo estuviese atravesando de punta a punta. Y cuando aguardaba a que de un instante a otro un caliente chorro de semen saliera despedido de su pene y regara el rostro de Melina, Ariel abrió los ojos y lo obnubilaron los rayos de sol que caían en forma cada vez más perpendicular e iluminaban todo el interior del vagón, el segundo de la formación, en el que él iba sentado con la cabeza apoyada sobre el marco de aluminio de la ventanilla.

Hacia varios días que Ariel no lograba dormir largo y tendido debido a las altas temperaturas y el estrés de las fiestas, entre otras razones; por lo que prácticamente se había desmayado apenas se ubicó en uno de los asientos dobles que encontró libre y el tren arrancó desde la estación de Trevithick hasta la Terminal II de la Capital.

Al recobrar la conciencia, Ariel advirtió que la formación estaba cruzando el puente de hierro sobre el río, por lo que sólo quedaba una sola parada más antes de llegar al final del recorrido. En ese momento, un viento moderado y cálido envolvió su rostro, en el que un par de anteojos negros protegían sus ojos cansados de la claridad. El asiento a su lado estaba ocupado y había una gran cantidad de pasajeros de pie en el pasillo a pesar de que no se trataba de un horario pico.

Se quitó los auriculares de su *smartphone* ya que no estaba prestándole la más mínima atención a la música reproducía por el aparato móvil y le escribió a Meli un nuevo mensaje: “Estoy llegando”. Pero esta vez, la mujer no respondió rápido y eso llamó la atención de Ariel, quien permanecía tan abstraído en sus pensamientos, aislado del resto del mundo, que no advirtió lo rápido que la formación entró a la anteúltima estación en la que terminó frenando con la mitad de los vagones fuera del andén, desde el que algunos jóvenes abordaron trepándose por la ventana rota de uno de los coches

del fondo en los que debieron agolparse los pasajeros ya que eran los únicos a los que podían acceder debido a la incómoda posición en la que habían quedado detenido el tren.

Cuando la formación volvió a arrancar, los pasajeros comenzaron a caminar por los pasillos hacia el primer vagón para “ganar” tiempo y descender lo más cerca posible de la cabecera del andén de la Terminal II y así no quedar atrapado en un lento arreo en el que la gente, especialmente la que acababa de bajar del fondo de la formación, apuraba el paso y se tropezaba con los de adelante para llegar cuanto antes a la conexión del subterráneo o a las paradas de colectivos desde donde continuaría el largo viaje.

A pesar de que estaba solo a un vagón de distancia, Ariel, instintivamente, se puso de pie cuando el asiento de al lado se liberó y caminó hacia adelante hasta chocarse a los pocos pasos un pasajero parado delante suyo, cerca del fuelle que unía el segundo vagón con el primero. Ya no podía volver a sentarse, a pesar de que casi todas las butacas habían quedado vacías, así que para amenizar ese incómodo momento volvió a chequear los mensajes de su celular. “Mejor nos encontramos en el hall de la terminal. Esperame ahí y hablamos”, le acababa de escribir Melina y esas palabras fueron como un balde de agua helada para las expectativas de Ariel.

“Algo anda mal”, se dijo por lo bajo, pero no lo suficiente, justo cuando el tren ingresaba al andén de la terminal y los pasajeros del fondo seguían adelantándose por los pasillos generando amontonamientos.

-¿Qué cosa? –le preguntó un hombre que estaba a su lado, tan cerca que Ariel sentía como le apoyaba el antebrazo en la cintura para tratar de mantener una distancia que por entonces era imposible de conseguir.

-No, nada. Estoy hablando solo –respondió Ariel sin levantar la mirada de la pantalla de su *smartphone*.

-Ah, disculpe –dijo el desconocido, a lo que Ariel asintió en silencio, tras lo cual, le escribió a Melina que ya había llegado a la terminal. Sin embargo, no alcanzó a redactar media frase que sintió un estruendo y un fuerte impacto que lo hizo salir despedido hacia adelante, como si lo hubiera alcanzado la onda expansiva de una bomba que le colocó la espalda en el pecho y no lo dejó respirar.

Ariel quedó atrapado en una montaña de pasajeros machucados que se levantaba desde el suelo hasta el techo y ocupaba hasta aproximadamente la mitad del vagón que, al igual que el primero, había quedado aplastado como una lata de sardinas. Aquella maraña humana no permitía a los pasajeros moverse hacia arriba, hacia abajo ni hacia los costados, y lo último que escuchó Ariel antes de desmayarse del dolor y la falta de oxígeno fueron gritos de auxilio desesperados y llantos desgarradores. La imagen final que captaron sus ojos fue el color claro de la remera de algodón que llevaba puesta la persona cuya espalda había quedado estampada en su rostro, ejerciendo tanta presión sobre una de sus mejillas a tal punto que su cuello se torció a unos 180 grados. Sus brazos estaban sepultados debajo de otras partes de cuerpos inmóviles y sus pies no tocaban el piso. “Aire, aire, aire”, fueron las palabras que alcanzó a suspirar antes de que lo envolviera un velo negro y sordo, como la nada misma.

Por su parte, Melina se encontraba sentada en un banco del hall central de la Terminal II desde el que podía observar el andén por el que ingresaba la formación N° 678 en la que viajaba Ariel. Sin embargo, sus ojos estaban enfocados en las páginas de un libro que le había regalado Milena para Navidad cuando escuchó una explosión latosa que la aturdió y al alzar la mirada vio una nube de polvo que se levantaba de entre los durmientes y sembró un manto fantasmagórico marrón que cubrió toda la cabecera del andén. Mientras unos gritaban y otros corrían, todos desesperados, ella permaneció inmóvil, sin parpadear y con la boca entreabierta sin poder creer lo que acababa de

ocurrir. La única parte de su cuerpo que no se heló hasta los huesos fueron sus manos, que no paraban de temblar sobre las páginas del libro abierto sobre sus muslos cruzados.

Las piernas de Melina seguían temblando cuando la mujer entró casi a la carrera a la guardia del Hospital Ciudad, adonde había sido trasladada la gran mayoría de las víctimas del accidente ferroviario y que fue elegido por las autoridades del operativo sanitario como centro de información para los familiares y amigos de los pacientes. Según le habían dicho en la terminal, en la cartelera de dicho hospital serían impresas las listas con los nombres de cada uno de los heridos y en qué centro asistencial se encontraban internados. Las mismas listas también podían consultarse por Internet en la página web del Ministerio de Salud porteño pero Melina prefirió ir en persona hasta el hospital ya que quedaba a pocas cuadras del lugar de la tragedia.

La recepción del hospital, que funcionaba en un edificio grande y viejo, mal equipado pero con un *staff* médico preparado para este tipo de situaciones, rebalsaba de personas al borde de un ataque de nervios y que buscaban desesperadamente a los pasajeros que viajaban en la formación 678. También había decenas de enfermeros y camilleros que corrían por los pasillos, mientras las ambulancias entraban y salían como rayos de la playa de estacionamiento que se conectaba con la avenida en la que la Policía había cortado el tránsito para que los vehículos sanitarios no se toparan con ningún obstáculo y pudiesen moverse lo más rápido posible. Esto fue aprovechado por los móviles de los distintos canales de noticias que estacionaron junto a ambos cordones de la calle para poder transmitir en vivo y en directo, al tiempo que los periodistas fueron desalojados del interior de la recepción y de la guardia, y permanecían en la vereda, montando guardia y recogiendo testimonios. En tanto, otro grupo de móviles y cronistas seguía trabajando en la terminal, desde donde los paramédicos habían retirado

ya 49 cadáveres, todos ellos pertenecientes a pasajeros que iban en los dos primeros vagones del tren accidentado.

Estos cuerpos fueron remitidos directamente a la Morgue Judicial de la Nación donde se les tomaron placas fotográficas para poder acelerar el proceso de reconocimiento de los mismos, cuyos nombres serían finalmente publicados sólo a través de Internet, por lo que aquellos que no hallasen los datos de quiénes buscaban en las listas del hospital podían esperar a que el total de las víctimas fuesen identificadas o bien dirigirse a la morgue donde se inició un dispositivo específico previsto para las atención de situaciones de catástrofe con víctimas múltiples.

Por ello, cuando Melina vio el nombre de Ariel impreso entre otros cientos en la cartelera del centro asistencial el alma le volvió literalmente al cuerpo. Sin embargo, las noticias no eran tan alentadoras ya que el informe lo ubicaba junto a los heridos más graves y alojados en la sala de terapia intensiva, por lo que la mujer se dirigió hasta ese sector del hospital situado en el primer piso del edificio y que contaba con una sala de espera de escasas dimensiones donde la gente se agolpaba y empujaba como si estuviese en el andén de la Terminal II en horario pico. Aquí no había aire acondicionado pero sí unos ventiladores de pie que apenas agitaban el aire caldeado, mientras que los vigiladores privados únicamente permitían el ingreso de una persona por paciente.

La difusión del parte médico del mediodía seguía retrasándose y como Melina se sentía ahogada y bañada en sudor decidió bajar a la recepción para despejar un poco su cabeza y aprovechar para hablar con los padres de Ariel y contarles lo sucedido. Llamó varias veces a la casa del matrimonio, que no utilizaba teléfonos móviles, pero la línea dio ocupada cada vez. “¡¿Y ahora qué mierda hago?!”, exclamó la mujer tomándose la cabeza y luego se dejó caer pesadamente hasta quedar sentada con la cola sobre el suelo de cerámica, en un rincón cercano a la puerta de ingreso. Sus dos manos pasaron a

cubrir su rostro irritado y comenzó a llorar desconsoladamente, como muchas de las personas que la rodeaban.

Mientras que en el televisor de la recepción del hospital se podía ver la transmisión del noticiero que informaba que se trataba de la tercera tragedia ferroviaria más grave de la historia del país, luego de los 142 muertos de un choque entre dos trenes ocurrido hacía 45 años en el norte del conurbano y la colisión entre un tren y un camión con acoplado producida ocho años más tarde en el Interior y que provocó el descarrilamiento de varios vagones y el fallecimiento de 55 pasajeros.

La programación pasó luego a un plano corto del presentador de noticias que desde el estudio anunció que estaba por comenzar una conferencia de prensa del ministro de Transporte Rapazzo y antes de pasar al móvil desde dicha cartera el periodista confirmó que tanto el Gobierno Nacional como el de la Ciudad acababan de decretar dos días de duelo y la suspensión de todos los espectáculos veraniegos que iban a comenzar esa semana con motivo de las vacaciones.

Apenas apareció en pantalla la imagen de un ministro Rapazzo sin su traje habitual y con el rostro desenchajado, Melina se puso de pie y se acercó lo más que pudo al televisor para oír con mayor detenimiento, y la misma maniobra fue repetida por casi todos los presentes en la recepción. Incluso se interrumpieron por unos momentos las exclamaciones de dolor y los llantos.

En la conferencia en la que no aceptó responder las preguntas de los periodistas, el ministro primero expresó su “profundo pesar” por lo ocurrido y luego precisó que el accidente ferroviario había ocurrido a las 10.34 cuando el convoy de ocho vagones proveniente de la Capital Provincial entró a la cabecera del andén a 26 kilómetros por hora y, según el GPS instalado en la locomotora, a 40 metros del final descendió a 20, una velocidad “habitual”.

Sin embargo, y por causas que eran materia de investigación, el tren chocó contra el paragolpes hidráulico ubicado en el extremo del andén y este impacto fue tan fuerte que el segundo vagón se incrustó unos seis metros en el primero, indicó el funcionario, quien confirmó que todos los fallecidos iban en esos dos coches al tiempo que envió sus “condolencias” a los deudos de las víctimas.

Rapazzo no se refirió a los supuestos problemas de frenado de la formación, tal como indicaban las versiones extraoficiales basadas en los testimonios de pasajeros que resultaron ilesos y que comentaban que el tren no había frenado como correspondía varias estaciones antes de llegar a la Terminal II, pero sí se refirió al *motorman*, respecto de quien dijo que contaba con una “impecable foja de servicio” y se encontraba en “perfectas condiciones físicas” ya que había descansado durante el fin de semana en el que estuvo de franco.

“El motorman fue trasladado en ambulancia al Hospital Ciudad donde permanece internado con lesiones que no ponen en riesgo su vida”, señaló el ministro y añadió que una cuarta parte de los heridos también viajaban en los dos primeros vagones.

Los presentes en la recepción del hospital siguieron con atención las declaraciones de Rapazzo hasta que éste dijo que si el accidente hubiese ocurrido el día anterior las consecuencias hubiesen sido más leves ya que los domingos “no viaja tanta gente”.

“¡Hijo de puta!”, exclamó un hombre que estaba parado a pocos metros de Melina y agitaba su brazo extendido hacia el televisor que colgaba de la pared blanca que se levantaba a un costado del mostrador donde el personal del hospital atendía los teléfonos y actualizaba los registros en sus computadoras. “¡Lo único que le falta decir

es 'menos mal que mucha gente ya arrancó las vacaciones por las fiestas!', exclamó una mujer desde el fondo de la muchedumbre.

Por último, el ministro confirmó la muerte de 49 pasajeros y sostuvo que ya habían puesto a disposición de la Justicia los registros de voces de la locomotora, así como la cámara de video del tren y las de la estación. “Además, se inició una investigación administrativa interna”, concluyó, aunque ya nada de lo que dijera iba a poder aplacar los comentarios reprobatorios de la gente.

Una vez terminada la conferencia de prensa, el noticiero pasó a transmitir imágenes en vivo desde la Terminal II donde el operativo sanitario había entrado en su etapa final ya que casi todas las víctimas, en especial las más graves, acababan de ser trasladadas a los distintos centros asistenciales.

Desde ese lugar, Alejandro Crespi, jefe del Servicio de Emergencias Médicas (SEM) de la ciudad, afirmó ante los movileros que la cantidad de fallecidos había ascendido a 50 y que los heridos eran más de 600.

A diferencia del ministro Rapazzo, Crespi sí respondió preguntas de los periodistas aunque no muchas ya que las consultas se superponían como los chorros de agua de una catarata ensordecedora que aumentaba los niveles de confusión y desorden que reinaban en un sitio que todavía ardía como una hoguera.

“Cuando llegamos al lugar nos encontramos en el primer vagón con una pared humana de más de ciento cincuenta personas apretadas en cinco metros cuadrados, aproximadamente, por lo que tuvimos solicitar vaselina y aceite a los hospitales más cercanos para rociar los cuerpos y que estos resbalen”, indicó el director médico y señaló que esto no fue suficiente para sacar a las víctimas, por lo que los rescatistas debieron utilizar pinzas y amoladoras para cortar un agujero en las claraboyas del techo de la parte delantera del segundo vagón para poder alcanzarlas.

“Luego se montó un trípode con roldanas y cinturones, y así se fueron extrayendo los cuerpos de manera casi quirúrgica porque no se podía forzar demasiado para no provocar más daños en ellos”, precisó Crespi, quien encabezó un grupo de trabajo de más de cien efectivos, sumando a los policías y bomberos.

Según el jefe del SEM, la violencia del impacto fue tan grande que aquellos que murieron lo hicieron prácticamente en el acto aunque, aclaró, hubo unos pocos casos en que las víctimas alcanzaron a ser rescatados y recibieron las tareas de reanimación de los paramédicos pero finalmente fallecieron antes de ser cargados en las ambulancias.

Crespi, con gestos corporales que evidenciaban un claro agotamiento tanto físico como mental, señaló que no todas las víctimas pudieron ser identificadas ya que no llevaban consigo ninguna documentación y en el caso de los heridos destacó que “cuando un rescatista lo tomaba para salvarle la vida no le preguntaba su nombre y apellido”.

A pesar del cansancio, el director médico se mostró satisfecho por el arduo trabajo coordinado entre tantas personas y añadió que los heridos más graves habían sido llevados al Hospital Ciudad, ocho de ellos en “estado crítico”, por lo que el traslado de estos últimos se hizo en un helicóptero sanitario para ahorrar tiempo vital.

Lo que no contó Crespi, y tampoco alcanzó a quedar registrado por las cámaras de televisión, fueron los terribles momentos en que los sobrevivientes aun atrapados dentro de los vagones retorcidos estiraban sus brazos como podían, ya casi sin fuerzas, para que los rescatistas, conmovidos como ellos hasta las lágrimas, les tomaran sus manos y los consolaran hasta que poder ser retirados de allí.

Mientras Crespi regresó a supervisar la etapa final del operativo sanitario, el hall de la terminal siguió repleto de gente ya que todos los viajes habían sido cancelados y muchos pasajeros quedaron allí varados. Esto aumentó la tensión, al punto que los

policías de Infantería se enfrentaron a empujones con un grupo de jóvenes que en un primer momento se rehusó a despejar el área pero finalmente salió en dirección a las paradas de colectivos que funcionaban en la plaza ubicada enfrente donde los que necesitaban viajar se amucharon con los curiosos de siempre. Y en medio de ese caos, una de las ambulancias chocó con un micro justo en la entrada del hall.

Luego de transmitir estos incidentes, el noticiero sintonizado en el televisor de la recepción del hospital repitió una secuencia de imágenes tomadas poco antes de esa improvisada conferencia de prensa de Crespi en la que los televidentes, entre ellos Melina, pudieron observar, atónitos, a los paramédicos empujar camillas con heridos al grito de “¡código rojo!, ¡código rojo!” y en medio de ese enjambre sobresalió la figura del propio director del SEM arrodillado junto al cuerpo inerte de un nene y moviendo la cabeza en clara señal de negación, tras lo cual, cubrió el cadáver con una manta ante la mirada desconsolada de sus subalternos que lo rodeaban. Todos ellos habían hecho hasta lo imposible para salvar aquella vida pero terminó siendo un lamentable “código negro”.

“Esa debe ser la víctima cincuenta”, comentó por lo bajo una señora mayor que pasó por al lado de Melina, quien ya no aguantó más y salió a la calle buscando obtener una mejor señal desde su celular para poder hablar con alguien que pudiera ayudarla en aquella crisis que la desbordaba por completo ¿Y a quién no le hubiese sucedido lo mismo? ¿Acaso existía alguna forma de estar preparado para afrontar semejante tragedia?

En la vereda, Melina observó, ya sin tanto asombro, como una jauría de periodistas rodeaba a una mujer que lloraba desconsoladamente y hablaba a los gritos. “Mi hijo se llama Luciano, tiene veinte años y viajaba en el tren pero no lo encuentro

por ningún lado. Está desaparecido”, exclamó la desesperada madre ante los micrófonos y grabadores.

Mirta, así se llamaba la mujer, contó que había estado en la morgue donde la Policía presumía que podía estar Luciano. “La única coincidencia era la edad pero no es mi hijo. Me di cuenta por el pelo. De todos modos, es muy difícil reconocer a las víctimas cuando están tan golpeadas en la cara”, indicó.

A esa altura del día, la Policía había recibido cuatro denuncias por desaparición de personas que iban en el tren accidentado, por lo que el Ministerio de Seguridad dispuso que el personal de la División Búsquedas realizara un operativo de rastillaje en la terminal y sus alrededores.

“En el hospital me dijeron que no está. Ya no sé dónde buscar”, expresó Mirta entre lágrimas mientras que Alberto, su marido y padre de Luciano, la sostenía de la mano. “Alguien tiene que haberlo visto. No pudo haber desaparecido así nomás. Quizás, esté deambulando por la calle solo, todavía shockeado por lo que pasó. Por eso le pido a la gente que si lo llega a ver que lo retenga y nos avise”, señaló el hombre, quien minutos después partió junto a su esposa y unos amigos de su hijo hacia la Terminal II para encabezar una manifestación con pancartas con la imagen del muchacho buscado.

Frente al hospital también se encontraba un hombre que dijo llamarse Fabián y que buscaba a su esposa e hija, de quienes no sabía nada de ellas cuando la segunda lo llamó minutos después del accidente para decirle, en medio de una crisis de nervios, que no podía hallar a su madre con la que viajaba en el mismo asiento. “Desde entonces no pude comunicarme más con mi nena”, explicó, desahuciado, a los periodistas.

Junto a este hombre estaba una mujer que acababa de llegar de la Capital Provincial en colectivo, ya que todos los viajes en tren seguían cancelados, buscando a su hijo adolescente. “La verdad es que estoy aterrada porque él siempre viaja en los

primeros vagones y su celular me da todo el tiempo apagado”, señaló esta madre, al tiempo que Melina seguía llamando a los padres de Ariel.

Sin embargo, las líneas parecían estar saturadas como solía ocurrir durante los festejos de Navidad y Año Nuevo, por lo que luego de varios intentos frustrados, Melina regresó a la recepción donde se cruzó con dos enfermeros. “Lo más impactante a nivel visual es la multiplicidad de víctimas”, escuchó que uno le dijo al otro que, a su vez, le comentó que esa mañana había ido a un operativo en el puerto por un caso de un turista extranjero muerto por una extraña gripe a bordo de un crucero y que mientras estaba allí lo convocaron para ir a la Terminal II.

“No existía ni un solo asiento en los tres primeros vagones. Todos habían sido arrancados por el impacto y se habían apilado como hierros retorcidos”, indicó el segundo enfermero que acababa de retirar un vaso de café de la máquina expendedora situada junto a las escaleras que conducían al primer piso.

Melina subió lentamente los escalones sin poder evitar escuchar aquella conversación. Es más, le hubiese gustado taparse los oídos pero le pareció un gesto desubicado. “Yo estaba ahí parado, del lado de afuera, cuando cortaron un agujero en el lateral del primer vagón y cayeron cuatro cadáveres”, continuó el enfermero mientras esperaba que se enfriara el café que humeaba entre sus manos.

“Y yo acompañé a una chica de quince años en la ambulancia y lo primero que me dijo cuando recobró la conciencia camino al hospital fue que antes de desmayarse había visto a su madre muerta encima suyo”, acotó el otro.

El mismo tono desgarrador oyó Melina en los comentarios de las personas que encontró cuando volvió a la sala de espera de la terapia intensiva. “Sentí una explosión tremenda, los vidrios de las ventanas del vagón salieron volando y la gente se me vino encima”, contó una joven que aguardaba por novedades de su mejor amiga con la que

vijaba al momento del accidente. “Yo alcancé a ver personas quebradas, ensangrentadas y golpeadas. Y como las puertas no se abrían pude salir por el hueco de una ventana”, le comentó a un hombre parado junto a ella y con la mirada clavada en el piso.

La muchacha había perdido su calzado en el amontonamiento de gente y aguardó en el andén a que los paramédicos rescataran a su amiga herida e inconsciente, a la que luego acompañó en la ambulancia hasta el hospital.

Mientras la espera parecía eterna, un enfermero salía cada tanto del cuarto de la terapia y pedía por favor que no siguieran golpeando a la puerta y que tuvieran paciencia ya que de un momento a otro iba a hablar el jefe del área, quien llamaría por apellido del paciente para ordenar la situación. Y también pidió que no hablasen por teléfono allí porque las ondas podían interferir con el instrumental. Por ende, el dilema radicaba en aguardar allí para conocer el parte médico o bajar a la recepción y seguir intentando comunicarse con los padres de Ariel. “Voy a hacer un último intento y que sea lo que Dios quiera”, se dijo Melina bajando las escaleras al trote.

En la recepción, el televisor seguía transmitiendo las repercusiones de la tragedia: la empresa Trenes XXI acababa de emitir un comunicado de prensa a través de su página web en la que lamentó “profundamente” el “gravísimo accidente” y habilitó un 0800 para que los interesados obtuviesen mayor información sobre los heridos, misma medida que adoptó el Ministerio de Salud de la Nación y el gobierno capitalino.

Seguidamente, el noticiero reprodujo declaraciones de Rubén Sorondo, titular de la Unión de Trabajadores Ferroviarios (UTF), quien confirmó que la locomotora 678 había sido revisada el día anterior en los talleres de la empresa concesionaria y que allí tendrían que haber advertido que los frenos fallaban porque, según él, quedaba prácticamente descartado un error humano del *motorman*. “Está claro que el maquinista

quiso frenar y no pudo”, sostuvo el sindicalista y recordó que estas locomotoras contaban con el denominado “hombre muerto”, un sistema que constaba de una perilla ubicada en el suelo y que debía ser presionada constantemente por el conductor y si éste dejaba de ejercer fuerza sobre la misma la formación se detendría automáticamente. Además, los maquinistas contaban con un “freno de emergencia”, el cual se accionaba jalando una palanca un poco más corta que la del “comando de arranque y velocidad” (dispositivo diseñado para regular la marcha), y la que habitualmente los conductores la llevaban consigo al bajarse del tren.

A su turno, Hugo Cáceres, titular del Sindicato de Trabajadores Ferroviarios (STF), gremio muchas veces enfrentado con la UTF por la relación que cada uno de ellos mantenía por su lado con el gobierno de turno, explicó que el freno tradicional que accionaba el *motorman* era una palanca de mano que liberaba aire comprimido a través de unos caños que atravesaban todo el tren y que tenían una presión de hasta cinco kilogramos, lo que permitía que se activaran las “zapatas”, una especie de tenazas de una aleación muy resistente que aprisionaban las llantas de acero. “Depende de la velocidad del tren para evitar que las llantas patinen sobre las vías”, aclaró.

Según Cáceres, el modelo de estas formaciones había sido diseñado en 1960 para la segunda generación de trenes eléctricos y el objetivo fue que el denominado “hombre muerto” funcionase en caso de que fallara la palanca de frenos tradicional. “El ‘hombre muerto’ aporta uno coma cinco kilogramos de presión extra”, agregó.

Este sindicalista consideró que si bien la cantidad de dinero que el Estado aportaba al sistema ferroviario era “millonaria”, ésta se despilfarraba “con compras en el exterior y reparaciones mal hechas” y puso como ejemplo que el tren que chocó había estado dos meses parado por problemas de freno.

“Para que el frenado esté en óptimas condiciones de funcionamiento debe tener ocho compresores y el sábado le colocaron sólo tres, con los que anduvo hasta el domingo cuando se le cambió un compresor que se había quemado y así salió nuevamente a la línea”, aseguró Cáceres y añadió que ese mismo día otras tres formaciones también tuvieron inconvenientes para frenar.

“Es un problema recurrente y los maquinistas lo denuncian. De hecho, muchos de ellos se han negado a conducir en esas condiciones pero el Ministerio de Transporte los sancionó obligándolos a salir a la línea”, concluyó.

Melina escuchaba con cierta desatención porque no le interesaban los ribetes políticos de la tragedia sino el estado de salud de Ariel, sobre todo, y también, como ciudadana, el de las demás víctimas que se encontraban internadas en el mismo hospital. Pero el volumen del televisor estaba tan alto que desde la puerta oyó al presentador de noticias refiriéndose a una reciente investigación de la Auditoría Nacional (AN) que había concluido que las causales de rescisión del contrato a la empresa proveedora del material rodante “ya estaban dadas” porque había formaciones a las que le faltaban hasta las “manijas de frenos de emergencia” o que los frenos de mano eran “inoperantes”, entre otros defectos.

“¿Cómo es esto posible si el mes anterior el Ministerio de Infraestructura había entregado un subsidio de setenta y cinco millones de pesos a la concesionaria para poder funcionar?”, preguntó el periodista en forma retórica.

Darío estaba acostado en una reposera de madera que había alquilado en el balneario junto a una sombrilla ya que si bien gustaba de tomar sol, cada tanto hacía una pausa y se colocaba a la sombra para evitar que le doliera la cabeza, sobre todo, en horarios en que los rayos solares alumbraban con extrema intensidad.

Sus costumbres en la playa radicaban en llegar a la orilla del mar temprano, cuando la luz del saliente rebozaba la cresta de las olas y la arena aun se sentía fresca y lisa. Por la mañana leía el diario deportivo y bebía mate con el torso desnudo y sin acercarse a la sombrilla hasta que pasado el mediodía aumentaba la temperatura y las ganas de almorzar. Entonces se daba un chapuzón y regresaba al hotel para comer algo liviano. Luego, dormitaba una breve siesta y cuando terminaba la digestión regresaba a la playa, esta vez, acompañado de un libro, una botella de agua fría y su infaltable *smartphone* para escuchar música.

Desde chico que le apasionaba la playa aunque hubo una época en la que no la disfrutó tanto. Eso ocurrió cuando en los albores de su adolescencia, en esa dura transición entre dejar de ser un niño y querer hacer cosas de adultos, su padre prácticamente coaccionaba a su familia a pasar todo el día en la arena junto al mar. Para ello, Jorge se encargaba de preparar sándwiches de jamón y queso, de comprar *snacks* y gaseosas heladas, lo que cargaba en una heladera portátil, y de esta manera no se interrumpía el día de playa para ir a almorzar. Y Darío realmente se irritaba con tanta exposición solar y comiendo siempre lo mismo en las mismas incómodas condiciones, por lo que terminaba enojándose con todos, especialmente con su hermana menor que le pedía jugar todo el tiempo y no lo dejaba tranquilo, y permanecía la mayor parte del tiempo debajo de la sombrilla, sentado junto a su madre, al tiempo que su padre pasaba las horas entreteniendo a la pequeña Maia y entrando y saliendo del agua, como si fuese un guardavidas. De hecho, Jorge solía permanecer largos ratos en la orilla, con los brazos en jarra, secándose con la brisa y mirando mar adentro, como si realmente estuviese cuidando de los bañistas.

Ya de grande, tanto con sus amigos o con Melina, Darío logró imponer sus preferencias a la hora de pasar las vacaciones en la playa y ahora, que había vuelto a

estar solo, lo disfrutaba aun más. Por ello, la tarde del lunes 29 lo encontró prácticamente desmayado sobre la reposera, con los anteojos negros y los auriculares colocados, y absolutamente desconectado del resto del mundo.

El arquitecto estaba tan relajado que casi se había quedado dormido, por lo que cuando sonó su teléfono celular se sobresaltó tanto que quedó sentado de un solo brusco movimiento.

-Hola, Dari, ¿me escuchás? Soy Meli –se oyó del otro lado de la línea, aunque la conexión era defectuosa y había demasiada interferencia, la que se sumaba al ruido habitual del oleaje y el viento marino.

-Meli, ¿qué pasa? ¿Hasta cuando estoy de vacaciones me tenés que romper las bolas? –el sarcasmo típico de Darío se había potenciado con la irritación que le había provocado la interrupción de su descanso.

-¡Para un poco, che! –exclamó Meli, quien caminaba de un lado a otro por la vereda de enfrente del hospital-. Con vos no se puede hablar nunca bien.

-Mirá Meli, si no te gusta cómo hablo llamá a mi abogado y hablá con él, ¿sí? Yo ya te pasé su número –Darío se sentó en la reposera y se quitó las gafas para refregarse los ojos con las manos.

-Pará un poco Dari. Esto no es sobre nosotros, te llamo por Ariel.

-¿Qué pasa con él?

Melina dudó unos instantes hasta que decidió que no había otra forma de decirlo que de una sola vez. Directo al corazón.

-Estaba en el tren que chocó esta mañana.

Darío recordaba haber visto alguna que otra imagen en el televisor del restorán del hotel durante su desayuno pero no sabía exactamente de qué se trataba el asunto porque no le prestó atención, un poco por desinterés y otro para no enroscarse con las

noticias y enterarse de alguna novedad de la causa judicial en la que estaba implicada su constructora.

-¿Cuál tren, Meli? ¿De qué hablás?

-¿No te enteraste?

-No, nena. Estoy de vacaciones y no ando mirando el noticiero, escuchando la radio o leyendo los diarios. Ni el mail chequeo.

Sí, ya sé cómo sos cuando estás de vacaciones, pelotudo, pensó ella y luego le dijo:

-Resulta que un tren que venía de provincia chocó contra el andén de la terminal de Capital y hay un montón de gente muerta y herida. ¡Es una tragedia, Dari! ¡Y Ariel estaba en ese tren!

-¡¿Qué?! ¿Es una broma atrasada por el día de los inocentes?

-No, nene. Te estoy hablando en serio.

Darío reconocía ese tono de seriedad, el mismo que ella había utilizado el día que le dijo que se quería separar de él.

-¡No te la puedo creer! –Darío se puso de pie y colocó la palma de su mano en su frente sudada.

-Ojalá fuese mentira pero no lo es –la voz de Melina se entrecortaba y no debido a la interferencia en la señal.

-Decime al menos que está vivo.

-.... –Melina comenzó a llorar.

-Meli, por favor, ¡decime que está vivo! ¡Decímelo! –gritó Darío, quien acababa de retirar el teléfono del lado de su oreja y lo colocó delante de su boca, como si fuera un micrófono.

-Está internado en terapia intensiva. Pero los médicos no me dijeron más nada todavía.

-¡La puta madre que los re mil parió!

-Y te llamé a vos porque no puedo comunicarme con los padres de Ariel. Los llamo a la casa y no me atienden o me da ocupado.

-Está bien, está bien. Tranquilizate –Darío caminaba en círculos pateando montículos de arena con furia-. No te preocupes por eso. Yo me comunico con ellos, ¿sí?

-Dale, gracias.

-¿En qué hospital está?

-En el Ciudad.

-Bueno, vos quedate ahí a ver qué te dicen los médicos y yo llamo a los padres de Ariel.

-Ok.

-Y en cuanto pueda salgo para allá.

-Listo, listo –Melina al fin pudo contener el llanto y aprovechó para limpiarse la nariz con un pañuelo descartable que había tenido apretado con fuerza en una de sus manos y convertido prácticamente en un bollo.

-Eso sí, me parece que hay que llamarla a Mile también.

-Yo me encargo de eso, Dari.

El arquitecto cortó la comunicación y antes de empezar a recoger todas sus pertenencias para cargarlas en la camioneta y regresar al hotel, estuvo unos momentos de pie, frente al mar, con los brazos cruzados a la altura del pecho y la mirada perdida en el horizonte, sobre cuya línea se dibujaban unas pocas nubes blancas. Lástima que no venían cargadas de lluvia, porque hubiese venido bien para apagar semejante incendio

o, al menos, circunscribirlo para que los daños fuesen los más leve posible, aunque ya parecía tarde para eso.